

Unidad y Carismas

Carismas y belleza

Testigos de la belleza divina.

Estética de la vida consagrada

Mauro Mantovani, s.d.b.

La verdadera belleza.

Selección de textos de Chiara Lubich

La Redacción

Los religiosos creadores de belleza

Heinrich Pfeiffer, s.j.

La belleza en la liturgia oriental

Paolo Cocco, o.f.m.cap.

Santos juntos: el mensaje de Chiara Lubich
en el testimonio de Chiara Luce Badano

Lucia Abignente

N.º 89/2014

Enero - Marzo


Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaecarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

CARISMAS Y BELLEZA

Editorial

Lo más bello *Paolo Monaco, s.j.* 4

Perspectivas

Testigos de la belleza divina.
Estética de la vida consagrada *Mauro Mantovani, s.d.b.* 7

La verdadera belleza.
Selección de textos de Chiara Lubich *La Redacción* 12

Los religiosos creadores de belleza *Heinrich Pfeiffer, s.j.* 14

Testigos

La belleza en la liturgia oriental *Paolo Cocco, o.f.m.cap.* 18

Experiencias

Dar cuerpo y alma
a “María de los focolarinos” *Benedetto Pietrogrande* 22

Miss ojos *Paola Vizzotto, m.d.i.* 25

Nuevos horizontes

«Así debe ser entre vosotros».
El servicio de autoridad según el Evangelio *Marina Motta, s.b.g.* 29

Santos juntos: el mensaje de Chiara Lubich
en el testimonio de Chiara Luce Badano *Lucia Abignente* 34

Lo más bello

Buscar la belleza siguiendo las huellas de los místicos, de los fundadores, de los carismas. Un camino entre arte y espiritualidad en diálogo con todos.

«**T**E pido un don: mira con ojos de maternidad a los artistas que te contemplan cada día, y sacia esta sed de belleza que el mundo siente; manda grandes artistas, pero plasma en ellos almas grandes, que con su esplendor encaminen a los hombres hacia el más bello de los hijos de los hombres: tu dulce Jesús»¹.

Chiara reza así a María mientras permanece fascinada por la Piedad de Miguel Ángel. La Virgen llena de Vida, que sostiene entre sus brazos al Hombre Dios, sin vida, porque la ha dado totalmente a Ella que ahora puede engendrarlo una vez más y de modo radicalmente nuevo, colectivo, a la Vida.

Leo a menudo estas palabras de Chiara. Están escritas en un póster que compré hace más de treinta años. Me las puse ante los ojos en la pared de mi habitación, como una inspiración, un objetivo, un aliciente, una indicación, un aviso.

Desde hace casi dos años participo en un taller de diálogo entre personas de convicciones diversas. Leemos juntos los textos de personas carismáticas. Dejamos que sus palabras abran a nuestros ojos nuevos horizontes de comprensión. Buscamos en sus “visiones” un mayor sentido para nuestra existencia. Creemos que los grandes místicos son también grandes artistas, y viceversa, porque tienen el don y la capacidad de sentir y ver en el interior y más allá.

Son testigos de ello los fundadores y fundadoras que han contemplado lo Bello allí donde otros veían un horror que había que evitar o mantener a distancia. Francisco ve la belleza en el pobre, Camilo en el enfermo, Teresa de Calcuta en el agonizante. Y, fascinados, quedan enamorados.

Escribe Simone Weil: «Debido a una disposición eterna de la Providencia, todo lo que un hombre produce en cualquier ámbito, cuando el espíritu de la justicia y de la verdad lo domina, está revestido de una belleza resplandeciente.

La belleza es el misterio supremo aquí abajo [...]

Cuanto más repelente es la desgracia, más soberanamente hermosa es la expresión de la desgracia. Se puede poner como ejemplos, incluso en siglos recientes, Phèdre, l'École des femmes, Lear, los poemas de Villon, pero más aún las tragedias de Esquilo y Sófocles; y aún más la Ilíada

da, el Libro de Job, ciertos poemas populares; y aun más los relatos de la Pasión en los Evangelios. La belleza resplandeciente se extiende sobre la desgracia gracias a la luz del espíritu de la justicia y del amor, lo único que permite que el pensamiento humano mire y reproduzca la desgracia tal como es.

Igualmente, cada vez que un fragmento de verdad inexpresable pasa a las palabras que, sin poder contener la verdad que las ha inspirado, tienen con ella una correspondencia tan perfecta a causa de su disposición que proporcionan un soporte a cualquier espíritu deseoso de encontrarla, cada vez que las cosas suceden así, la belleza resplandeciente se extiende sobre las palabras.

Todo lo que procede del amor puro está iluminado por la belleza resplandeciente.

La belleza es sensible, aun cuando muy confusamente y mezclada con muchas falsas imitaciones, en el interior de la celda en la que todo pensamiento humano está en principio aprisionado. La verdad y la justicia imposibilitadas de expresarse no pueden esperar ningún otro socorro que no provenga de ella. Tampoco tiene lenguaje; no habla; no dice nada. Pero tiene voz para llamar. Llama y muestra la justicia y la verdad que no tienen voz. [...].

Justicia, verdad, belleza son hermanas y aliadas. Con estas tres palabras tan hermosas no hace falta buscar otras»².

El acto creativo es un acto místico. Me he dado cuenta cada vez más, desde que por primera vez probé, o mejor, me sentí impulsado a dejar que la música hablara en mí. Había aprendido a tocar el saxofón en la banda de música de mi pueblo y durante un año no emití ni una nota que valiese la pena. Éramos un grupito de chicos necesarios para hacer número, de otro modo la banda hubiera sido demasiado pequeña. A mí me daba un poco de vergüenza porque temía que alguien me descubriese. Pero, si ahora sé escuchar, debo agradecerlo a aquel período de silencio. Si he sabido encontrar la música dentro de mí, lo debo a aquel ejercicio de escucha. Sí, porque yo no fingía tocar. Tocaba sin emitir sonidos, que es toda otra historia. Porque tocaba con el alma.

Más tarde he aprendido a tocar la guitarra y, sin darme cuenta, crecía dentro de mí la fuerza de la música. Durante el mes de ejercicios espirituales, puse música a un texto de Chiara Lubich: *Tengo un solo esposo sobre la tierra.*

He compuesto unas cuarenta canciones, he participado en conciertos, he organizado espectáculos. No he podido estudiar música como hubiera querido y así sigo con los pies en la tierra. He atravesado momentos en los que he dejado de lado la música. Tocar o cantar me provocaba un profundo sufrimiento. Fueron momentos necesarios para encontrar la Música, el “la” originario de mi existencia. Sobre todo la música debía expresar un amor siempre más grande. Y renació, resucitada, después de haber atravesado noches de dolor y haber encontrado días nuevos y nuevas formas de amor. El acto creativo es un acto místico, y viceversa. Entrambos un acto de amor. El que crea, y sabe crear, es consciente de haber recibido su obra como un don. Que no es suya. Y en realidad ni siquiera de los otros. Pertenece al Hombre. Es una ventana, un pasaje sobre la Realidad que se revela y huye continuamente, en un juego de amor siempre nuevo y jamás concluido. Tal vez está precisamente aquí su belleza.

Esa belleza que es un rasgo característico de María, la «toda bella» que canta el Magnificat. ¡Jesús grita y María canta! El canto nace del dolor-amor. Es necesario un espacio vacío, silencioso, acogedor que pueda y quiera llenarse con la voz de otro.

Mi voz se convierte en eco de otra Voz que no sé de dónde viene y a dónde va. Nace, crece, camina, se refuerza e impone su presencia en mi vida. La sigo, la cuido, la dejo ir donde quiere,

la pierdo, la vuelvo a encontrar, me agrada, adquiere profundidad, brilla con luz propia, me deja fascinado, me enamoro de ella, la toco con respeto, me escudriña, me hace sufrir, y finalmente me dice: he aquí, así va bien, estoy completa, no hay necesidad de otro. Estoy saciado y satisfecho, emocionado, pequeño frente a ella, en paz entre sus brazos.

¿Por qué hablar de la belleza hoy? ¿A quién pertenece la belleza? Nos lo explica también Simone Weil:

«Este vacío paradójicamente pesado hace sufrir mucho. Es sensible, incluso, a muchos de estos hombres, cuya cultura es casi nula y cuya inteligencia es muy pequeña. Aquellas personas privilegiadas que por su condición no saben lo que es esto, no pueden juzgar con equidad las acciones de los que soportan dicho vacío durante toda su vida. No hace morir, pero es quizá mucho más doloroso que el hambre. Mucho más. Quizá sería literalmente verdadero decir que el pan es menos necesario que el remedio a este dolor.

No existe elección de remedios. Solamente existe uno, uno solo. Una sola cosa hace soportable la monotonía, una luz de eternidad: es la belleza.

El acto creativo es un acto místico, y viceversa. Entrambos un acto de amor. El que crea, y sabe crear, es consciente de haber recibido su obra como un don. Que no es suya.

Existe un único caso en el cual la naturaleza humana soporta que el deseo del alma se dirija no hacia lo que podría ser o lo que será, sino hacia lo que existe. Este caso es la belleza. Todo cuanto es bello es objeto de deseo, pero no se desea que el objeto sea otro, no se desea cambiarle nada, se desea el objeto bello tal y como es. Se mira con sedeo el cielo estrellado de una noche clara, y lo que se desea es, únicamente, el espectáculo que se posee.

Ya que el pueblo está obligado a dirigir todo su deseo a lo que ya posee, la belleza está hecha para él, y él para la belleza. La poesía es quizá un lujo para las otras condiciones sociales. Pero el pueblo, en cambio, tiene necesidad de poesía tanto como de pan. No de poesía encerrada en meras palabras; ésta, por propia naturaleza, por abstracta y evasiva, no le sirve de nada. El trabajador tiene necesidad de que la substancia misma de su vida cotidiana sea ya poesía.

Y tal poesía solo puede salir de una sola fuente. Esta fuente es Dios»³.

Con este número, *Unidad y Carismas* quiere ofrecer un momento de reflexión sobre el vínculo intrínseco entre belleza y secuela de Cristo, «el más bello de los hijos de los hombres». Seguir a Jesús no es solamente la respuesta a una llamada, un acto valiente, la entrega de la propia vida... es también “bello”. E introduce en la belleza, que con frecuencia se ha expresado en las artes más diversas, desde la arquitectura a la música, desde la pintura a la poesía. Sí, es “bello”, es hermoso seguir a Jesús.

Paolo Monaco, s.j.

¹ Ch. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 380.

² S. Weil, *La persona y lo sagrado en Escritos de Londres*, Ed. Trotta, Madrid 2000, pp. 35-36.

³ Idem., *Condición primera de un trabajo servil en Ensayos sobre la condición obrera*, Ediciones Nova Terra, Barcelona, 1962, pp. 309-310.

Testigos de la belleza divina. Estética de la vida consagrada

Mauro Mantovani, s.d.b.

Existe una profunda relación entre vida consagrada y belleza. En las breves reflexiones que siguen, partiendo del texto de la Exhortación Apostólica Vita Consecrata [VC] que, después de casi veinte años de su publicación, conserva todo su interés y su frescura, exponemos algunos elementos fundamentales.

EL tema de la belleza está presente de modo muy significativo en el contenido de *Vita Consecrata*. Es más, se podría decir que representa una constante en la presentación de la realidad misma de la vida religiosa. Como es sabido, desde su comienzo, el documento asocia la vida consagrada a la imagen de la Transfiguración (Mt 17, 1-9), que marca *un momento decisivo en el ministerio de Jesús*. Es un acontecimiento de revelación que consolida la fe en el corazón de los discípulos, les prepara al drama de la Cruz y anticipa la gloria de la resurrección. Este misterio es vivido continuamente por la Iglesia, pueblo en camino hacia el encuentro escatológico con su Señor. Como los tres apóstoles escogidos, la Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no desfallecer ante su rostro desfigurado en la Cruz. En un caso y en otro, ella es la Espo-

sa ante el Esposo, participe de su misterio y envuelta por su luz. Esta luz llega a todos sus hijos, *todos igualmente llamados a seguir a Cristo* poniendo en Él el sentido último de la propia vida, hasta poder decir con el Apóstol: «*Para mí la vida es Cristo*» (Flp 1, 21) (VC, 15).

Si esta llamada va dirigida a todos los cristianos, *Vita Consecrata* subraya que las *palabras extasiadas* de Pedro: «*Señor, qué hermoso es estar aquí*» (Mt 17, 4) encuentran una resonancia especial en los llamados y llamadas a la vida consagrada, que hacen *una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado*:

Son palabras [...] que expresan con particular elocuencia el carácter *absoluto* que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida consagrada: «*Qué hermoso es estar contigo*». En efecto, quien ha recibido la gracia de esta especial comunión de amor

con Cristo, se siente como seducido por su fulgor: Él es el «*más hermoso de los hijos de los hombres*» (Sal 45 [44], 3), el Incomparable (VC, 15).

La Exhortación Apostólica añade inmediatamente después que «*a la vida consagrada se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano*» (VC, 16). Con la identificación ‘conformadora’ con el misterio de Cristo obediente, pobre y casto, la vida consagrada «*realiza por un título especial aquella confessio Trinitatis que caracteriza toda la vida cristiana, reconociendo con admiración la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y testimoniando con alegría su amorosa condescendencia hacia todo ser humano*» (VC, 16).

Cuando subraya la íntima relación de la vida consagrada con el Espíritu Santo, el Documento recuerda que los religiosos y las religiosas, dejándose guiar por el Espíritu en un incesante camino de purificación, llegan a ser, día tras día, *personas cristiformes*, prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado. Con intuición profunda, los Padres de la Iglesia han calificado este camino espiritual como *filocalia*, es decir, *amor por la belleza divina*, que es irradiación de la divina bondad. [...] De aquí surgen las múltiples formas de vida consagrada, mediante las cuales la Iglesia «*aparece también adornada con los diversos dones de sus hijos*» (VC, 19).

También se habla de belleza cuando se recuerda que los consejos evangélicos son ante todo un don y un reflejo de la Trinidad (cf. VC, 20), hasta el punto que «*la vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina*» (VC, 20).

La belleza y el poder del amor de Dios

que la vida consagrada testimonia con la experiencia se evidencian precisamente en su “dimensión pascual”, “bajo la cruz de Cristo”:

Aquel que en su muerte aparece ante los ojos humanos desfigurado y sin belleza hasta mover a los presentes a cubrirse el rostro (cf. Is 53, 2-3), precisamente en la Cruz manifiesta en plenitud la belleza y el poder del amor de Dios. San Agustín lo canta así: «*Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios [...] Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vid, hermoso no preocupándose de la muerte; hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiendo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de vuestros ojos el esplendor de su hermosura*». La vida consagrada refleja este esplendor del amor, porque confiesa, con su fidelidad al misterio de la Cruz, creer y vivir del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (VC, 24).

Por eso la invitación de Jesús «*Venid y veréis*» (Jn 1, 39) sigue siendo aún hoy *la regla de oro* de la pastoral vocacional: «*con ella se pretende presentar, a ejemplo de los fundadores y fundadoras, el atractivo de la persona del Señor Jesús y la belleza de la entrega total de sí mismo a la causa del Evangelio*» (VC, 64).

Centralidad de Cristo, servicio de amor y “sentirse Iglesia”

Un párrafo de *Vita Consecrata* está dedicado al tema de la *confianza renovada* que brota, según el texto de la Transfiguración, de la frase de Jesús que, acercándose y tocando a los tres apóstoles que había llevado consigo, les dice: «*Levantaos, no tengáis miedo*» (Mt 17, 7).

El Documento hace notar que si «*esta invitación del Maestro se dirige obviamente a cada*

cristiano», con mayor motivo a quien ha sido llamado a “dejarlo todo” y, por consiguiente, a “arriesgarlo todo” por Cristo. [...] “Éxodo”: término fundamental de la revelación, al que se refiere toda la historia de la salvación, y que expresa el sentido profundo del misterio pascual. Tema particularmente vinculado a la espiritualidad de la vida consagrada y que manifiesta bien su significado. En él se contiene inevitablemente lo que pertenece al *mysterium Crucis*. Sin embargo, este comprometido “camino de éxodo”, visto desde la perspectiva del Tabor, aparece como un camino entre dos luces: la luz anticipadora de la Transfiguración y la definitiva de la Resurrección. La vocación a la vida consagrada –en el horizonte de toda la vida cristiana– no obstante sus renunciaciones y sus pruebas, y más aún gracias a ellas, es *camino* “de luz” sobre el que vela la mirada del Redentor: «*Levantaos y no tengáis miedo*» (VC, 40).

Quien ha recibido la gracia de esta especial comunión de amor con Cristo, se siente como seducido por su fulgor: Él es el «*más hermoso de los hijos de los hombres*».

Es particularmente interesante notar que esta referencia a la *dimensión de éxodo* que caracteriza y marca la autenticidad y la belleza de la vida religiosa ha sido el elemento fundamental destacado por el papa Francisco con ocasión de su discurso a las participantes en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de Superiores Generales (U.I.S.G.), el 8 mayo de 2013:

Jesús, en la última Cena, se dirige a los Apóstoles con estas palabras: «*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido*» (Jn 15, 16), que recuerdan a todos [...] que la vocación es siempre una iniciati-

va de Dios. Es Cristo que os ha llamado a seguirlo en la vida consagrada y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para *centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio*, en la voluntad de Dios, despojándoos de vuestros proyectos, para poder decir con san Pablo: «*No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2, 20). Este «éxodo» de sí mismo es ponerse en un camino de adoración y de servicio. Un éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a Él en los hermanos y hermanas¹.

Una vida que en su verdad es *via pulchritudinis*

¿Qué es la belleza? El filósofo B. Mondin afirma: «Es esa gracia especial por la que una persona, una cosa, una acción despierta admiración, suscita encanto, fascina, da placer. Mientras la verdad interpela al conocimiento y la bondad solicita a la voluntad, por su parte la belleza excita la admiración. Delante de la belleza permanecemos estáticos»².

La belleza no es, por tanto, un aditivo accidental que se añade como complemento de un equilibrio exterior, sino que es signo de plenitud interior, y expresa la perfección que una realidad ha alcanzado en conformidad con su verdadera esencia³.

Por esto cada porción de esplendor contingente puede servir de acceso a lo Absoluto, y la belleza –que santo Tomás de Aquino define como *splendor formae* (esplendor de la forma)– está ligada directamente a Dios, «*océano infinito de belleza, en el que el asombro se convierte en admiración, embriaguez, gozo indecible*»⁴ y de modo específico a la segunda persona de la Trinidad, el Hijo, que es el *Arte del Padre*⁵. Afirma también Juan Pablo II en la Carta a los Artistas [CaA]:

La belleza es clave del misterio y llamada

a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!» (CaA, 16)⁶.

El mismo san Agustín, volviendo sobre la idea de lo bello, evocaba el equilibrio entre las diversas partes, por el cual un conjunto se convierte en “unidad”, precisamente partiendo desde la existencia personal, individual y colectiva. Según la perspectiva clásica, *bello* y *bueno* son dos conceptos en relación tan simbiótica que requieren, como ocurre con el término griego *kalokagathía* (belleza-bondad), el uso de una sola palabra para expresarlos. En la Biblia, en la traducción griega de los LXX, se usa el término bello (*kalón*) para traducir el término hebreo (*tob*), que indica la bondad. Las primeras páginas del Génesis resaltan la relación inseparable entre belleza y existencia: «Y Dios vio que todo lo que había hecho era de verdad muy bello». Por esto, Juan Pablo II recuerda que «la relación entre bueno y bello suscita sugestivas reflexiones. La belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza» (CaA, 3).

«Mientras la verdad interpela al conocimiento y la bondad solicita a la voluntad, por su parte la belleza excita la admiración. Delante de la belleza permanecemos estáticos».

Jesús nos muestra también otro aspecto de la belleza. A Él se le aplica la conocida expresión del Salmo 45 (v. 3): «Eres el más bello entre los hijos de los hombres». Él es llamado por la espiritualidad oriental (Enko-

mia del Orthós del Santo y Gran Sábado) como «el Bellísimo, de belleza más que todos los mortales». Cristo es Belleza, Bondad, Verdad en persona. El encuentro con Él es revelación también de belleza. «Al hacerse hombre [...] el Hijo de Dios ha introducido en la historia de la humanidad toda la riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha manifestado también una nueva dimensión de la belleza, de la cual el mensaje evangélico está repleto» (CaA, 5).

Él, Suma-Belleza, en cuanto Hijo eterno del Padre, como afirma la Escritura leída en la tradición eclesial, en la cruz «no tenía apariencia ni presencia; le vimos y carecía de aspecto que pudiésemos estimar» (Is 53, 2). La “sabiduría de la cruz” es, paradójicamente, momento revelador de belleza y bondad, consustanciales con la Verdad que es Él. El más hermoso de los hijos del hombre ha sido realmente colgado de una cruz y abandonado, “hombre de dolores”. Se lee en *Fides et ratio* [FR]: «La sabiduría de la Cruz [...] supera todo límite cultural que se le quiera imponer y obliga a abrirse a la universalidad de la verdad de la que es portadora»⁷. La predicación de Cristo crucificado y resucitado es «el escollo contra el cual [se] puede naufragar, pero por encima del cual [se] puede desembocar en el océano sin límites de la verdad» (FR, 23).

El encuentro con la Verdad que es Cristo pone ante ese “esplendor de la forma” que se expresa mediante la donación del amor. Por eso la Iglesia sabe que puede glorificar a Dios por la “belleza” de la vida de los santos y de los mártires, y proponerlos para su imitación vital y personal (cf. FR, 32). En Jesús y por Él, en todo testigo auténtico del amor, emerge con la máxima claridad el *puchirtudinis splendor*. Juan Pablo II recuerda para eso la *tarea* confiada a cada hombre: la santidad, vocación a *hacer de la propia vida una obra de arte*: «A cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte,

una obra maestra» (CaA, 2). Por otra parte, el Paraíso será también contemplación de la belleza que Dios ha sembrado en cada miembro de la humanidad, en la humanidad misma que es una sola familia.

«María es aquella que, desde su concepción inmaculada, refleja más perfectamente la belleza divina. “Toda hermosa” es el título con el que la Iglesia la invoca» .

Como personas consagradas estamos llamados a una tarea muy especial: elaborar la cultura de la “civilización del amor” (que es también “civilización de la belleza”) en la que el hombre, unidad inseparable de espíritu y cuerpo, sentimiento y razón, recorriendo el camino de la belleza, vuelva a «volar alto», viviendo la búsqueda y el encuentro con Dios como una espléndida aventura sin fin. Así la vida, las obras, el pensamiento y también las artes podrán, iluminadas “desde lo alto”, gritar que Él es la Verdad, la Bondad y la Belleza. Así, juntos, vivir como protagonistas por «una renovada “epifanía” de belleza para nuestro tiempo» (cf. CaA, 10).

Conclusión: “rayo” y “espejo” de la belleza divina

Vita Consecrata recuerda en el n. 28 cómo María Santísima es modelo de consagración y seguimiento: «María es aquella que, desde su concepción inmaculada, refleja más perfectamente la belleza divina. “Toda hermosa” es el título con el que la Iglesia la invoca» (VC, 28).

La vocación y la vida de las personas consagradas se propone, pues, como experiencia y testimonio de belleza: el llamamiento consignado por *Vita Consecrata* a los religiosos es, por esto, a vivir plenamente

«vuestra entrega a Dios, para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana. Los cristianos, inmersos en las ocupaciones y en preocupaciones de este mundo, pero llamados también a la santidad, tienen necesidad de encontrar en vosotros corazones purificados que “ven” a Dios en la fe, personas dóciles a la acción del Espíritu Santo que caminan libremente en la fidelidad al carisma de la llamada y de la misión [...]. La misión peculiar de la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo es testimoniar a Cristo con la vida, con las obras y con las palabras. Sabéis a quién habéis confiado (cf. 2 Tm 1, 12); ¡dadle todo! Los jóvenes no se dejan engañar: acercándose a vosotros quieren ver lo que no ven en otra parte. Tenéis una tarea inmensa de cara al futuro» (VC, 109).

Y la reflexión se hace oración a la Trinidad por todas las personas consagradas:

«Trinidad Santísima, beata y beatificante, haz dichosos a tus hijos e hijas que has llamado a confesar la grandeza de tu amor, de tu bondad misericordiosa y de tu belleza [...]. Colma su corazón con la íntima certeza de haber sido escogidas para amar, alabar y servir. Haz que gusten de tu amistad, llénalas de tu alegría y de tu consuelo, ayúdalas a superar los momentos de dificultad y a levantarse con confianza tras las caídas, haz que sean espejo de la belleza divina» (VC, 111).

¹ Papa Francisco, *Discurso a las participantes en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de Superiores Generales (U.I.S.G.)*, 8 de mayo de 2013.

² B. Mondin, *Il problema di Dio*, ESD, Bologna 1999, p. 188.

³ Cf. C. Chenis, *Fondamenti teorici dell’arte sacra, Magistero post-conciliare*, Las, Roma 1991, pp. 79-110.

⁴ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, n. 16.

⁵ Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae I*, q. 39, a. 8.

⁶ Cf. También Agustín, *Confesiones* 10, 27.

⁷ Juan Pablo II, *Carta encíclica Fides et ratio*, n. 23.

La verdadera belleza.

Selección de textos de Chiara Lubich

La Redacción

ESTA es una de las cosas que nos han apasionado desde el principio en nuestro Movimiento: manifestar con la vida, con las palabras y con las artes que Dios es Belleza, y no sólo Verdad y Bondad¹.

— * —

Nuestro carisma siempre ha tenido mucho que ver con la belleza, porque la unidad es armonía. Lo decía ya en una carta de 1947, cuando se experimentaba las primeras veces la presencia de Jesús en medio de nosotros: «*¡Oh, la unidad, la unidad! ¡Qué divina belleza! ¡No tenemos palabras humanas para decir lo que es! ¡Es Jesús!*». Con nuestra unidad, con nuestro amor recíproco, que es un pequeño reflejo de la vida trinitaria vivida entre los hombres, es como testimoniamos ante todo la belleza de Dios que es Amor².

— * —

La belleza se estableció también en nuestro Movimiento porque la palabra que nuestro carisma empezaba a decir al mundo era una sola: unidad. Y unidad significa la más sublime armonía. La vocación a la armonía fue lo que caracterizó, hasta en los

detalles más concretos, la nueva cultura que estaba aflorando, efecto del carisma. [...] El Hijo del Hombre, el Encarnado por excelencia, parecía repetirnos: «*Observad los lirios del campo...*» (Mt 6, 28). Y la belleza y nuestra idea de la belleza han ido asomando cada cierto tiempo; por ejemplo cuando, extasiados ante un escrito, una pintura o una escultura, no podíamos dejar de expresar fascinación y profunda admiración³.

— * —

Estás, Virgen hermosa de Miguel Ángel, en esa capilla de San Pedro, y cada vez que te miro pareces más hermosa. Pasan los días, los años, los siglos, y hombres de todo el mundo han venido a verte; y tú has dejado en sus espíritus algo sublime, dulcísimo. [...] Hoy, mientras te miraba, Virgen hermosa, pensaba: ¡qué sublime y divino es el efecto de una obra de arte! [...] Y me pareció que el arte se elevaba a una altura jamás pensada y que lo bello era, como lo verdadero y lo bueno, materia prima del reino celestial que nos espera, y que los artistas verdaderos, sin saberlo, tienen una misión apostólica. [...] Y he comprendido que solo

lo Bello es bello y el Arte es arte, en el sentido de que o lo bello es un bello universal y eterno, o no es bello. [...]

Si el contenido de la filosofía es la verdad, el del arte es la belleza. Y lo bello es armonía. Y armonía quiere decir “altísima unidad”. Ahora bien, ¿quién sabrá componer en armonía los colores y las partes de una pintura, a no ser el alma del artista que es una imagen de la unidad de Dios que la ha creado? Es el alma humana, reflejo del cielo, lo que el artista transmite en la obra⁴.

— * —

Jesús abandonado en la cruz ciertamente no era bello. Él, el Verbo de Dios, el Artista Supremo, al encarnarse, asumió completamente nuestra naturaleza humana hasta hacerse pecado, pero no pecador. Por eso «no tenía apariencia ni presencia –dice Isaías–; (lo vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (Is 53, 2). Sin embargo, en Él –nos lo dice la fe– estaba ya presente la gloria de la resurrección.

Jesús crucificado y abandonado es el modelo de los artistas, y sobre todo de nuestros artistas, que, como Él, sabrán ofrecer siempre, incluso en las situaciones más tristes, un rayo de esperanza⁵.

— * —

Dice Camus: «El que ha elegido ser artista porque se siente diferente, aprende muy pronto que no disfrutará de su propio arte ni de su diversidad si no busca la semejanza con los demás. El artista se forja en el perpetuo ir y venir entre sí mismo y los demás, a mitad de camino entre la belleza (de la cual no puede abstraerse) y la sociedad (de la cual no puede huir)».

Entonces, ya que la cercanía con los hombres no le quita nada al artista –al contrario, lo enriquece–, se puede pensar también en un arte fruto de un grupo de artistas dedicados a la misma expresión artística, unidos en el nombre de Jesús, que luego se expresa en las obras de uno u otro⁶.

— * —

El Movimiento de los Focolares tiene que ver con la belleza también porque debe reflejar, de alguna manera, en cada uno y en su conjunto, a María.

Y me pareció que el arte se elevaba a una altura jamás pensada y que lo bello era, como lo verdadero y lo bueno, materia prima del reino celestial que nos espera, y que los artistas verdaderos, sin saberlo, tienen una misión apostólica. [...] Y he comprendido que solo lo Bello es bello y el Arte es arte, en el sentido de que o lo bello es un bello universal y eterno, o no es bello.

María es la *tota pulcra*, la totalmente bella. En efecto, María es la expresión plena de la redención realizada por Cristo. Es la criatura en la cual la imagen del Creador resplandece de una manera única. Por ello es objeto de atención y admiración de los artistas, especialmente sensibles a la belleza y a lo sobrenatural⁷.

¹ Ch. Lubich, *Dios belleza y el Movimiento de los Focolares* en *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 386.

² Id., *Vocación artística, talento de la unidad*, en *ibid.*, p. 390.

³ Id., *Dios Belleza y el Movimiento de los Focolares*, en *ibid.*, p.385.

⁴ Id., *La Piedad de Miguel Ángel*, en *Escritos Espirituales / I*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, pp. 204-206.

⁵ Id., *Dios belleza y el Movimiento de los Focolares*, en *La doctrina espiritual*, cit., p. 389-390.

⁶ Id., *Un arte nuevo en una nueva cultura*, en *La doctrina espiritual*, cit. p. 391.

⁷ Id. *Ibid.* p. 393.

Los religiosos creadores de belleza

Heinrich Pfeiffer, s.j.

La historia de la vida religiosa está llena de belleza y ha originado arte en su entorno como irradiación de la espiritualidad convertida en testimonio del evangelio.

ASISTIMOS hoy a un nuevo interés de la Iglesia por los artistas de todo género, no solo por los músicos, por los actores de teatro y de cine, sino también por los artistas figurativos y por los arquitectos.

Pero ¿qué es la belleza en el arte figurativo, en la arquitectura?

La belleza, en el arte, está unida a tres conceptos, a tres realidades: la vida, la luz y la transformación. ¿Cómo se vinculan estos tres conceptos con las órdenes religiosas?

Cada orden religiosa constituye una nueva forma de *vida*; la *luz* brilla cuando la orden es un camino hacia la santidad; en la medida que todo funciona bien, cada miembro de la orden se *transforma* cada vez más en Cristo.

Se comprende, pues, que la vida religiosa, dentro de las órdenes, suscita tensión a la belleza y al arte, aunque por otros aspectos, pueda crear un conflicto interior en quien posea una especial inspiración artísti-

ca. Esto depende de la vida común y de la necesaria renuncia que ella comporta, incluso a las inspiraciones que cada artista tiene, precisamente porque el primer material de la vida es la dialéctica; y esta se fragua en los conflictos, convirtiéndose en un desafío para armonizarlos en la unidad.

El Occidente y Oriente cristianos han vivido, de manera diferente, una cierta simbiosis entre la vida religiosa y el arte. Simplificando, podríamos decir que en Oriente todo el arte de los monjes se expresa en la producción de iconos. Incluso la arquitectura monástica resulta incompleta si la iglesia con todos sus muros internos no se transforma en un nuevo mundo en el que el fiel se encuentra continuamente ante las imágenes de Cristo, de la Virgen, de los Santos y de los sagrados misterios de su vida.

En Occidente el arte de los monjes siempre comienza con la construcción del edificio de la iglesia, y todo el arte figurativo en un primer momento se considera como un

ornamento que puede ser, o no, realizado como algo añadido. Los cistercienses son un caso extremo de esta forma de plantear las cosas, los cuales realizaron –por primera vez en la historia– un tipo de arquitectura pura, con el mínimo total de decoraciones florales.

El que creó este estilo, ha permanecido en el anonimato. Solo sabemos que un hermano de la familia de Bernardo de Clara-val, que se unió a él en el movimiento de monjes reformadores benedictinos de Citeaux, era un arquitecto. Y es más que probable que este fraile anónimo haya sido el creador del estilo cisterciense. Precisamente una característica del nuevo estilo de vida monástica es la de permanecer escondido y ser conocido solo por Dios.

Los otros tres artistas europeos más importantes, que fueron también miembros de órdenes religiosos, no son arquitectos, sino pintores. El primero a tener en cuenta es el Beato dominico Fray Angélico. Luego destaca el jesuita Andrés Pozzo y, después de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, un artista que entra en la Orden de los Benedictinos en Beuron, en Alemania meridional, que incluso creó una escuela y un nuevo estilo de arte religioso. Se llama Desiderius Lenz y su estilo se conoce como de Beuron, por la abadía benedictina que se halla junto al Danubio cerca de Sigmaringen en la región de Württemberg.

Antes del Concilio Vaticano II, encontramos en México un arquitecto, Fray Gabriel Chávez de la Mora, que ingresa en Cuernavaca en la Orden de los Benedictinos y crea la capilla y todos los edificios del convento. Cuando por diversas circunstancias dolorosas el convento de Cuernavaca fue suprimido, él permaneció como único monje benedictino, se convierte en miembro de otro convento y crea iglesias y conventos en México y en USA.

En México los franciscanos artistas y arquitectos existieron desde la conquista,

acompañando a Hernán Cortés; se sirvieron del arte y de la arquitectura para evangelizar de manera muy creativa. Entre estos, encontramos sobre todo a fray Pedro de Gante (+1572). El emperador Carlos V mandó, con el apoyo del comisario general Francisco Quiñones, doce padres franciscanos, todos de la rama reformada de san Pedro de Alcántara, todos de la provincia de San Gabriel, de la que el Santo era provincial. Ellos se dedicaron con todas sus fuerzas a los indígenas, construyeron iglesias y conventos con grandes altares y retablos, como en España, y con enormes plazas delante de las fachadas de las iglesias, plazas incluso más grandes que en Europa.

Para sus construcciones, los franciscanos se sirvieron de la mano de obra de los indígenas. Para la decoración plástica, crearon un estilo casi medieval, bidimensional. Las primeras obras de arte, retablos de altares y esculturas, fueron importadas de Europa, o realizadas por artistas europeos emigrados a aquellas tierras. Aún se conservan algunos ejemplos de la mitad del siglo xv, como un retablo de altar de Tepeji de Herrera, en la iglesia parroquial de Ticali en la provincia de Puebla.

Pedro de Gante fundó una escuela de pintura para los indígenas en Tlatelolco, en Ciudad de México. Eso hace suponer que él mismo debía haber aprendido el arte de la pintura en Europa. El altar principal del convento franciscano de Tepeji de Herrera, desmontado y transportado al crucero de la parroquia de Tecali, muestra aún hoy las pinturas de los discípulos indios que fueron instruidos en Tlatelolco por Pedro de Gante. No hay que excluir que el retablo del altar de san Francisco, que proviene del mismo convento derribado, haya sido pintado por el maestro Pedro de Gante.

En sus misiones los franciscanos construyeron un convento tras otro, distantes entre ellos un día de camino. De tales con-

ventos, construidos en un territorio habitado entonces solo por indios, hay que recordar como ejemplos de arquitectura del XVII las construcciones en la Sierra Gorda, al norte de la ciudad de Querétaro.

Hay edificios construidos bajo la guía del famoso fray Junípero Serra (1713-1786), padre fundador de California en los Estados Unidos de América. Las iglesias muestran un interesante estilo: una mezcla entre grandiosidad arquitectónica y decoraciones con detalles un tanto burdos, pero siempre con un destacado sentido cromático querido por los indígenas. Las construcciones imitan los conventos franciscanos de los gloriosos inicios del siglo XVI.

En la “Nueva España” –actual México– los franciscanos desarrollaron desde de los inicios de su presencia un nuevo tipo de convento, con un enorme atrio con la cruz misionera en el centro, delante de la fachada de la iglesia. Los indígenas se convirtieron al cristianismo en grandes masas, pero inicialmente mostraron gran temor a entrar en las iglesias. Por eso los franciscanos idearon estos grandes atrios rectangulares con más de cien metros de largo en los muros laterales: aquí las masas participaban en la Misa. Pero era necesaria la construcción de una pequeña capilla abierta junto a la entrada de la iglesia. Semejantes capillas fueron puestas también en los cuatro ángulos del recinto y estaban destinadas a la recepción de los sacramentos, a las confesiones y a los matrimonios. Franciscanos que permanecen anónimos crearon así un tipo totalmente nuevo de arquitectura eclesiástica.

Cuando llegaron los jesuitas al nuevo mundo, a partir de 1572, también ellos se sirvieron del arte para la catequesis en sus colegios de estilo europeo. En un primer momento hicieron llegar de Europa muchas pinturas, sobre todo de Flandes y de España. En un segundo momento se sirvieron de pintores indígenas que imitaron las

obras europeas, en particular de Pedro Pablo Rubens.

La Compañía de Jesús mandó a Perú a un religioso pintor, Bernardo Bitti, el cual, desde 1574, pintó muchas imágenes de la Virgen según el estilo manierista del Pontormo en Lima y más tarde en Cuzco. Los jesuitas crearon también las famosas “*reducciones*” en Argentina, Paraguay, Brasil meridional y Bolivia, donde los indígenas trabajaron como escultores, pintores y maestros de edificios bajo la guía de un hermano jesuita. Su estilo, siempre un poco bidimensional, se asemeja mucho al que los indígenas realizaron más de cien años antes en México bajo la guía de los franciscanos.

En China el jesuita Giuseppe Castiglione no solo pintó con la técnica tradicional del país, en la corte del emperador Quian Long, sino que le construyó un castillo de estilo rococó europeo, con fuentes y jardines. Disponía de un grupo de jesuitas artistas e ingenieros y una mano de obra china excelente. Para los cristianos chinos, artistas y artesanos, los jesuitas abrieron los mercados de la América católica y de la Europa cristiana, creando así una red internacional; fue la primera cultura global, que duró hasta la supresión temporal de la orden.

Después del Concilio Vaticano II ha sido el jesuita, el esloveno Marko Rupnik, quien ha demostrado cómo la vida religiosa y el arte de nivel pueden vivir una fértil simbiosis. Después de haber hecho, junto con un laico ruso, la decoración interior de la Capilla Pontificia *Redemptoris Mater*, organizó un equipo de artistas de Occidente y del Oriente excomulgado que crean y hacen mosaicos para todo el mundo. El primer encargo se lo hizo el papa Juan Pablo II, y hoy Marko Rupnik no sabe cómo satisfacer todas las peticiones que le llegan.

Su estilo es una combinación de elementos occidentales y orientales, los colores y las formas son las agresivas de los expresio-

nistas alemanes y de los *fauves* franceses, de la primera mitad del siglo XX, con los ritmos y sobre todo la luminosidad de los iconos.

A estos pocos nombres de religiosos artistas occidentales habría que añadir los de los monjes orientales, sobre todo Feofan

Grek y el famosísimo monje basiliano ruso Andrej Rublëv.

Queda claro, pues, que la vida religiosa, ordenada según reglas precisas, y la libertad artística han encontrado en grandes artistas, a menudo santos, una unión maravillosa.

ALIANZA FECUNDA ENTRE EVANGELIO Y ARTE

«La auténtica intuición artística va más allá de lo que perciben los sentidos y, penetrando la realidad, intenta interpretar su misterio escondido. Dicha intuición brota de lo más íntimo del alma humana, allí donde la aspiración a dar sentido a la propia vida se ve acompañada por la percepción fugaz de la belleza y de la unidad misteriosa de las cosas. Todos los artistas tienen en común la experiencia de la distancia insondable que existe entre la obra de sus manos, por lograda que sea, y la perfección fulgurante de la belleza percibida en el fervor del momento creativo: lo que logran expresar en lo que pintan, esculpen o crean es sólo un tenue reflejo del esplendor que durante unos instantes ha brillado ante los ojos de su espíritu.»

El creyente no se maravilla de esto: sabe que por un momento se ha asomado al abismo de luz que tiene su fuente originaria en Dios. ¿Acaso debe sorprenderse de que el espíritu quede como abrumado hasta el punto de no poder expresarse sino con balbuceos? El verdadero artista está dispuesto a reconocer su limitación y hacer suyas las palabras del apóstol Pablo, según el cual “Dios no habita en santuarios fabricados por manos humanas”, de modo que “no debemos pensar que la divinidad sea algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte y el ingenio humano” (Hch 17, 24.29). Si ya la realidad íntima de las cosas está siempre “más allá” de las capacidades de penetración humana, ¡cuánto más Dios en la profundidad de su insondable misterio!

El conocimiento de la fe es de otra naturaleza. Supone un encuentro personal con Dios en Jesucristo. Este conocimiento, sin embargo, puede también enriquecerse a través de la intuición artística. Un modelo elocuente de contemplación estética que se sublima en la fe son, por ejemplo, las obras del Beato Angélico. A este respecto, es muy significativa la lauda extática que San Francisco de Asís repite dos veces en la chartula compuesta después de haber recibido en el monte Verna los estigmas de Cristo: “Tú eres belleza... Tú eres belleza”. San Buenaventura comenta: “Contemplaba en las cosas bellas al Bellísimo y, siguiendo las huellas impresas en las criaturas, seguía a todas partes al Amado”.

Una sensibilidad semejante se encuentra en la espiritualidad oriental, donde Cristo es calificado como “el Bellísimo, de belleza superior a todos los mortales”. Macario el Grande comenta del siguiente modo la belleza transfiguradora y liberadora del Resucitado: “El alma que ha sido plenamente iluminada por la belleza indecible de la gloria luminosa del rostro de Cristo, está llena del Espíritu Santo... es toda ojo, toda luz, toda rostro”».

Juan Pablo II, 1 abril 1999, *Carta a los artistas*, 6.

La belleza en la liturgia oriental

Paolo Cocco, o.f.m.cap.

Juan Pablo II, en la carta apostólica Orientale Lumen (2 de mayo de 1995), pedía a los cristianos de Occidente que apreciaran lo que caracteriza a las Iglesias de Oriente, especialmente su modo de rezar y de celebrar los santos misterios. En el curso de una peregrinación a Tierra Santa, así como de un viaje a Rusia y de algunos encuentros de diálogo en Grecia y en Italia, he podido participar en liturgias ortodoxas. Comparto impresiones y recuerdos.

NOSOTROS, discípulos de Jesús, conocemos y celebramos de Dios sobre todo su bondad. Íntimamente ligada a su bondad está la belleza que resplandece en el rostro de su Hijo. El hecho que en Occidente se prefiera la bondad se revela en que se le califica como “el buen Pastor”. En el original griego se lee en *Jn* 10, 11: «*ho poimèn ho kalòs*», que, traducido literalmente significa “el pastor bello”. En la liturgia de las Iglesias orientales, esta belleza se refleja en todo lo que está consagrado a su nombre.

Indicativo de la especial sensibilidad oriental es lo que se lee en el “Manuscrito nestoriano”. Redactado en el siglo XIII y considerado como la primera crónica rusa, tomó el nombre de su redactor, un monje de nombre Néstor. En él se lee que Vladimir el Grande, príncipe de Kiev en el siglo X, decidió, de acuerdo con los nobles terra-

tenientes, abandonar el paganismo y abrazar con su pueblo una de las religiones monoteístas. Para esto, envió embajadores a visitar a los pueblos limítrofes. Los que habían contactado con el Islam no se persuadieron, porque abrazarlo habría comportado gravosas renunciaciones en materia de comida y bebidas. A los que contactaron con representantes del judaísmo, les desanimó el hecho de que ese pueblo hubiera sido alejado de su Ciudad Santa. El que hizo la visita a las Iglesias alemanas volvió desengañado por la oscuridad que dominaba en ellas. En cambio, los que entraron en la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, volvieron conquistados, exclamando: «*No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra*». Se trataba de una de las más bellas basílicas cristianas antiguas.

Entrando en una iglesia típica cualquiera de rito oriental, no se puede sino quedar

fascinados por los mosaicos y los iconos, así como por los perfumes de los inciensos y de los bálsamos. De hecho, en estas iglesias, y en las liturgias que se celebran en ellas, brilla precisamente la ortodoxia del cristianismo, es decir, la verdadera fe y el auténtico modo de celebrar la gloria de Dios, lejos de cualquier forma de dualismo o de gnosticismo. Comparados con estas iglesias, los edificios sagrados de Occidente a los orientales pueden parecerles museos o pinacotecas, aulas escolásticas.

En las orientales se pone de relieve que en Jesús el cielo y la tierra, Dios y la humanidad, el Creador y la criatura se abrazan y se unen, sin por ello confundirse. Desde que “el Verbo se hizo carne”, la gloria de Dios resplandece en el mundo. Desde que la carne de Cristo se sumergió en el Jordán, los elementos creados pueden significar y transmitir la gracia.

Todo esto se experimenta sobre todo en las celebraciones de las Iglesias orientales. A quien recibe el bautismo no se le derrama solo algunas gotas de agua sobre la cabeza, sino que se le sumerge tres veces para celebrar el renacimiento espiritual. El bautizando después es ungido visiblemente con un óleo de intenso perfume. Así se hace patente que ha entrado a formar parte del pueblo sacerdotal de los hijos de Dios y ha sido incorporado a Cristo, hasta el punto de que, aunque se trate de un niño, se le da a Jesús Eucaristía, en la celebración del mismo bautismo, bajo la especie del vino tinto.

La gloria de Cristo resplandece en todo el edificio sagrado, especialmente en el techo y en las paredes de las iglesias bizantinas, adornadas con teselas doradas. Nunca puede pensar uno que se encuentra solo entre aquellas paredes, porque se descubre mirado continuamente por María, la madre de Dios, y por los santos. Otros iconos, “grabados” por artistas cualificados por la mucha oración y por largos ayunos, repre-

sentan episodios de la vida de Cristo, misterios que ya no pertenecen al pasado, porque te introducen en el hecho que representan, interpelando al mismo tiempo. De hecho, se han “grabado” para conectar la historia de Dios con la de los hombres, el tiempo con la eternidad. No se trata de sensaciones que provocan vértigo o arrobamiento: a menudo aparece la figura de Jesús con los apóstoles, juzgando si somos dignos o no de entrar en el reino de Dios.

El único recuerdo que me llevó a casa de un viaje a Rusia fue una acuarela vendida en las puertas de los museos por estudiantes que tratan de conseguir el dinero necesario para mantenerse. En ella se aprecia un paisaje campestre con dos abedules, árboles que son muy apreciados por ese pueblo, lo mismo que algunas casas y algunas iglesias, las cuales no acaban con agujas puntiagudas, sino con campanarios que se alzan en forma de esferas aplastadas de color azul, coronadas por una cruz dorada. La forma esférica hace pensar en la comunión circular que une entre sí a las personas divinas y a los fieles; por su parte, el color azul significa que en ese edificio el cielo entra en diálogo con la tierra, mostrando por encima de todo la cruz real del Señor resucitado.

Desde que “el Verbo se hizo carne”, la gloria de Dios resplandece en el mundo. Desde que la carne de Cristo se sumergió en el Jordán, los elementos creados pueden significar y transmitir la gracia.

Quedé sorprendido cuando descubrí que el célebre “Kremlin”, la ciudadela fortificada de la capital de Rusia, no es un lugar que se caracterice por sus salones y cúmulo de enseres, sino por una serie de catedrales

e iglesias bellísimas. Quien intentó sofocar el alma del pueblo transformó la catedral del Santísimo Salvador en una piscina y demolió varias iglesias, pero ahora, como antes, la vista sigue siendo dominada no tanto por el cemento y las armas, cuanto por un patrimonio artístico decididamente cristiano.

La celebración de la Eucaristía no se caracteriza por la predicación, por una enseñanza, sino que está toda como entretrejida de invocación, alabanza y acción de gracias dirigidas por el sacerdote, los demás ministros y los cantores. Domina la atmósfera de lo divino, no la palabra pronunciada, sino la melodía fuerte y redundante, que baja a lo profundo, alejando distracciones y preocupaciones demasiado terrenas.

La celebración más importante de las Iglesias orientales es la Eucaristía. No se utiliza pan ácimo, típico de quien está de viaje, sino un oloroso pan fermentado, el que come quien ya ha entrado en la tierra prometida y saborea sus frutos como ciudadano libre. Toda celebración es oficiada por un sacerdote, que celebra en comunión con su obispo, elegido entre muchos monjes, marcados profundamente por la ascesis y por el desapego del mundo, llamados a tener un corazón lleno de amor hacia la humanidad, creada por Dios a su imagen y semejanza, y hacia el cosmos, destinado a ser enteramente recapitulado en Cristo. Algunos de ellos son un punto seguro de referencia para los fieles porque están capacitados para educar en una gradual maduración en Cristo. Quien tiene la suerte de visitar uno de los monasterios

queda impresionado por su singular belleza. Incluso el refectorio está todo pintado con frescos y suscita la clara sensación de ser comensales del Señor y de los santos.

La celebración de la Eucaristía no se caracteriza por la predicación, por una enseñanza, sino que está toda como entretrejida de invocación, alabanza y acción de gracias dirigidas por el sacerdote, los demás ministros y los cantores. Domina la atmósfera de lo divino, no la palabra pronunciada, sino la melodía fuerte y redundante, que baja a lo profundo, alejando distracciones y preocupaciones demasiado terrenas. Mientras tanto, otros fieles encienden candelas perfumadas y acercan la frente y los labios a los iconos, expresando así su amor fraterno hacia Cristo, María y los santos.

Las Iglesias orientales no son únicamente las de tradición bizantina. Hay otros ritos, como, por ejemplo, el alejandrino, usado por la Iglesia etíope. Las iglesias de rito alejandrino, también bellísimas, se visitan descendiendo bajo tierra. La sensación no es la de encontrarse en los infiernos, sino en el cielo. Están excavadas por un doble motivo: para resultar invisibles a los ojos de los invasores de fe diferente y para asegurar frescura durante las muchas horas de celebración. Las oraciones de este rito, amplias y repetidas, se formulan con palabras hermosísimas.

En la preparación de las ofrendas, al comienzo de la celebración, el sacerdote dirige a Cristo estas palabras:

«Oh Señor y Maestro mío, participe de la divinidad desde el principio, Tú, Verbo del Padre, consustancial con Él y con el Espíritu Santo, Tú eres el Pan de Vida que has bajado del cielo y te has inmolado como Cordero inmaculado por la vida del mundo. Nosotros te rogamos, por tu bondad y clemencia, oh Amante de los hombres, que mires benigno esta hostia (señala la hostia con las manos) y este cáliz y bendice esta hostia y este santo cáliz, y purificalos, bendícelos y trans-

forma esta hostia en tu Cuerpo sin mancha y el contenido de este cáliz en tu preciosa Sangre. Y sea para todos los participantes medio de salvación y curación de nuestras almas, del cuerpo y de nuestro espíritu, para que Tú seas el Rey de todos nosotros, Cristo, Dios nuestro. A ti la alabanza y la gloria, el honor y la adoración, juntamente con tu buen Padre celestial y el Espíritu Santo, el vivificador, consustancial a ti, ahora y siempre por toda la eternidad. Amén».

No son numerosos los fieles que se acercan al altar para comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor, ya que esto requiere una gran preparación, hecha de mucha oración y un largo ayuno, pero a todos, al final de la celebración, se les entrega un buen trozo de pan bendecido para consumirlo como signo del ágape cristiano.

Mientras en Occidente nos preguntamos por qué el signo de la paz no está puesto al comienzo de la celebración, quien conoce la liturgia de las Iglesias de tradición antioquena, en particular la maronita, puede comprender mejor por qué nosotros practicamos este rito poco antes de la Comunión. En algunas de esas liturgias resulta evidente que se trata de una paz que no es de este mundo: el sacerdote la recibe del altar, del contacto con el cuerpo y la sangre del Señor, y la transmite al ayudante, que a su vez la lleva a los fieles presentes.

«Ahora se ha cumplido perfectamente, oh Señor, tu santo e inmaculado misterio, que Tú nos has dado para fuerza, salvación y recuerdo de tu muerte. Nosotros hemos visto el misterio de tu santa Resurrección. Haz que tengamos la vida, y mantennos en ella en la hora presente y en todo tiempo, porque Tú eres Rey sobre todo, glorioso, nuestro Señor y Dueño, nuestro Salvador Jesucristo, nuestro Dios».

Hacia el final de la celebración, da a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor, mostrando la Hostia en la Sangre sagrada y dándosela al comulgante. En el rito etíope se dice: «Este es el Pan de vida que ha bajado del cielo, el precioso Cuerpo del Emmanuel, que es nuestro verdadero Dios». El ministro responde: «Amén, lo creo verdaderamente». Después el sacerdote reza la acción de gracias:

«Ahora se ha cumplido perfectamente, oh Señor, tu santo e inmaculado misterio, que Tú nos has dado para fuerza, salvación y recuerdo de tu muerte. Nosotros hemos visto el misterio de tu santa Resurrección. Haz que tengamos la vida, y mantennos en ella en la hora presente y en todo tiempo, porque Tú eres Rey sobre todo, glorioso, nuestro Señor y Dueño, nuestro Salvador Jesucristo, nuestro Dios. Nosotros te ofrecemos y te presentamos la acción de gracias, veneración y honor juntamente con tu Padre celestial y con tu Santo Espíritu, el Vivificador de la eternidad y para la eternidad».

En la liturgia siríaca, el misterio de Dios está significado por el gesto con el cual el celebrante toma una cadena del incensario y glorifica al Padre; luego toma dos, y glorifica al Hijo, considerando las dos naturalezas, que en Él están unidas; y finalmente tomando las tres cadenas juntas, glorifica al Espíritu Santo.

Todas estas formas litúrgicas no llevan a alejarse del mundo, porque los que frecuentan la iglesia o viven en un monasterio son animados a cumplir sus deberes cotidianos con el corazón y la mente de Cristo. En efecto, la vida espiritual de hombres, y aún más de mujeres, santificados por la gracia de los santos misterios, resplandece en la hospitalidad, en los exquisitos alimentos que ofrecen, o también en un vaso de agua fresca, como el que se me ofreció cerca del lugar donde nació Juan Bautista, en los confines del desierto, que recuerdo como una bendición divina.

Dar cuerpo y alma a “María de los focolarinos”

Benedetto Pietrogrande

La belleza no se identifica con cánones estéticos exteriores, formas, colores, sonidos. Es un movimiento que parte desde lo profundo, un lenguaje que se transmite más allá de los sentidos. Es una relación que une y lleva hacia y dentro de dimensiones no imaginadas antes. La “confesión” del escultor Benedetto Pietrogrande lo revela y nos dice cómo un carisma (don del Dios “belleza”) ilumina el arte y lo hace expresión de lo que las palabras no saben decir.

LA belleza no se identifica con cánones estéticos exteriores, formas, colores, sonidos. Es un movimiento que parte desde lo profundo, un lenguaje que se transmite más allá de los sentidos. Es una relación que une y lleva hacia y dentro de dimensiones no imaginadas antes. La “confesión” del escultor Benedetto Pietrogrande lo revela y nos dice cómo un carisma (don del Dios “belleza”) ilumina el arte y lo hace expresión de lo que las palabras no saben decir.

Tengo delante de los ojos una imagen que me lleva hacia atrás en el tiempo, cuando en mi estudio en Venecia había comenzado mi búsqueda de escultor: una barcaza que se aleja en la laguna llena de esculturas que consideraba superadas y que había roto deliberadamente. Un cúmulo de esculturas

lisas del que emergen bustos, cabezas cortadas que representan para mí la superación de un lenguaje académico: finalmente, al alejarse por la laguna, alcanza un valor poético surrealista. Un gran corte, casi a cero que me invitaba a volver a partir y me obligaba a un gran esfuerzo, con momentos de profunda incertidumbre y otros de impulso creativo. Un scavo interior que me conducía a descubrir otros contenidos.

Sin embargo, me parecía que la sociedad alrededor no reclamaba valores fundamentales ni sentimientos del hombre.

Incluso Venecia, que me había fascinado y que jamás habría pensado abandonarla, me mostraba su límite, la precariedad: vacilaban en mi los absolutos estéticos como hasta ahora había entendido (glorioso pasado – fuera del presente).

No estaba solo con mi arte: ahora Mariuccia caminaba y compartía todo conmigo. Se enfrentaban a la vida los nacimientos de mis hijos: grande experiencia que envolvía todo en aquel momento y nutría mi búsqueda artística llevándome, incluso con dureza, con fatiga, con incertidumbre económica, a nuevas visiones de lo bello. Los contenidos, poco a poco, modificaban mi lenguaje artístico que rehuía esteticismos de calidad por una esencialidad expresiva que deriva de una mayor adherencia a la realidad.

Me sentía atraído por los objetos de trabajo, como si el “cántico de las cosas” llenase la forma de mi modelación de escultor.

Advertía un definitivo declinar de la figura del artista como solitario genio romántico: atardecer que me empujaba inexorablemente a redescubrir la parcela entre arte y vida.

Un encuentro

El encuentro con Chiara Lubich fue para mí una luz nueva que invadió mi búsqueda artística.

Al encontrar a Chiara y, en ella la espiritualidad de la unidad, me pareció distinguir el sentido profundo y único al cual tendía inconscientemente.

Fue aquel respiro del alma que me llevaba poco a poco a intuir la grandeza de su carisma, entrando así en espacios mucho más amplios, no mensurables.

Me pareció estar envuelto y unificado por el amor de Dios.

Por aquella luz me descubro viviendo y superando dificultades y pruebas que me hacían más atento al hombre y disponible a la confrontación...

Desmitificando el artista en mí, me sentía libre y advertía que Dios no me expropiaba absolutamente en nada, sino que se daba a mí.

Cual no fue mi sorpresa cuando en el 86 Chiara me llamó, ya concluido el Centro Mariápolis de Castel Gandolfo, y me invitó a estudiar y preparar la imagen de la Virgen para la nueva capilla, corazón del Centro.

Me sentí privilegiado por esa confianza y, al mismo tiempo, fuertemente temeroso por la profundidad del contenido que me hacía sentir inadecuado.

¿Cómo presentar y modelar una imagen de María según el corazón de Chiara?

Le presenté varias composiciones propuestas por la figuración de mi modelo, en las que subrayaba la imagen de una madre rodeada de figuras dialogantes.

El modelado de la escultura viene a expresar la familia, los jóvenes, el estudio, el trabajo, el focolar, la Iglesia con el papa y los obispos.

Todo recogido por el manto de María que poco a poco en la elaboración se ampliaba recogiendo un converger hacia ella como su pueblo. Cuando le presentaba mi trabajo, Chiara de vez en cuando me orientaba dando un nombre a las diversas presencias representadas en el panel de bronce.

Instantes con ella que me penetraban en el alma; su mirada materna y profunda colmaba mi suspensión en los momentos más difíciles de la definición de la obra. Meses de trabajo durante los cuales he advertido la presencia de Dios que guiaba mis manos. Un día, en el que me parecía haber concluido la obra, le pedí a Chiara estar presente; mientras me encontraba subido en una escalera me sentí llamar por ella: “Benedetto”. Ella me miraba en silencio y me sonreía.

“Me he atrevido a cambiar, ¿va bien?”

¡Para mí era el grande y definitivo banco de prueba!

Después de observar algunos minutos, exclamó: “Somos nosotros”, y añadió recordando las palabras del papa Juan Pablo

II dirigidas a ella: “Es María de los focolarinos”. Nombre del panel escultórico que quedará para siempre.

Cuando me detengo en la capilla del

Centro observo la escultura con un sentimiento de gratitud y, al mismo tiempo, con la conciencia de mi límite de artista, de mi pobreza frente al Misterio de la Belleza.

DISCURSO DE BENEDICTO XVI A LOS ARTISTAS

«El teólogo Hans Urs von Balthasar abre su gran obra titulada “Gloria”, una estética teológica, con estas sugestivas expresiones: “Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza es la última palabra que el intelecto pensante puede atreverse a pronunciar, porque ella no hace otra cosa que coronar, cual aureola de esplendor inalcanzable, el doble astro de lo verdadero y del bien y su indisoluble relación”. Después observa: “esa es la belleza desinteresada sin la cual el viejo mundo era incapaz de entenderse, pero que se ha apartado de puntillas del moderno mundo de los intereses, para abandonarlo a su oscuridad, a su tristeza. Esa es la belleza que ya no es amada y custodiada ni siquiera por la religión”. Y concluye: “Quien, en su nombre, crispa los labios en un -secreta o abiertamente- no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera de amar”. El camino de la belleza nos conduce, entonces, a tomar el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito, Dios en la historia de la humanidad. En este sentido, Simone Weil escribía: “En todo aquello que suscita en nosotros el sentimiento puro y auténtico de lo bello, está realmente la presencia de Dios. Hay casi una especie de encarnación de Dios en el mundo, del cual la belleza es un signo. Lo bello es la prueba experimental de que la encarnación es posible. Por esto, cada arte de primer orden es, por su esencia, religiosa”. Todavía más cáustica es la afirmación de Hermann Hesse: “Arte significa: dentro de cada cosa mostrar a Dios”. Haciendo eco a las palabras del Papa Pablo VI, el siervo de Dios Juan Pablo II reafirmó el deseo de la Iglesia de renovar el diálogo y la colaboración con los artistas: “Para transmitir el mensaje que Cristo le ha confiado, la Iglesia tiene necesidad del arte” (Carta a los artistas, n. 12); pero preguntaba inmediatamente después: “¿el arte tiene necesidad de la Iglesia?”, animando a los artistas a encontrar en la experiencia religiosa, en la revelación cristiana y en el “gran código” que es la Biblia una fuente de renovada y motivada inspiración.

...San Agustín, cantor enamorado de la belleza, reflexionando sobre el destino último del hombre y como comentando ante litteram la escena del Juicio que tenéis hoy ante vuestros ojos, escribía: “Gozaremos, entonces de una visión, hermanos, nunca contemplada por los ojos, ni oída por los oídos, nunca imaginada por la fantasía: una visión que supera todas las bellezas terrenas, la del oro, la de la plata, la de los bosques y de los campos, la del mar y del cielo, la del sol y la luna, la de las estrellas y los ángeles; la razón es ésta: es la fuente de cualquier otra belleza” (Ep. Jo. Tr. 4,5: PL 35, 2008)».

Benedicto XVI, *Encuentro con los artistas*, 21 noviembre 2009

Miss ojos

Paola Vizzotto, m.d.i.

En la cárcel, donde cada gesto se ha de medir, la mirada puede ser la manera privilegiada para comunicar y llevar a este lugar de sufrimiento un rayo de luz y de belleza.

Si yo fuera organizadora de concursos, presentaría de inmediato a “Miss Ojos”, estando segura que habría serios problemas para la elección de la vencedora, viendo los innumerables movimientos de esas cuencas que a menudo son más elocuentes que un largo discurso, compendio de belleza, de ternura o desesperación.

Siempre me ha fascinado y atraído el mirar a los ojos de las personas con las que hablo y de las que encuentro casualmente en el metro o por la calle. Sé que tal vez va contra la urbanidad y recuerdo bien las primeras recomendaciones que recibí hace muchos años, recién entrada en el noviciado: «¡Tienes que mirar a las personas de la nariz para abajo; lo contrario es peligroso!». Sinceramente, he transgredido muchas veces esta imposición, pues hablar mirando a esa protuberancia en medio de la cara nunca ha estimulado demasiado mi conversación ni mi escucha, ya que descubrir y dejar descubrir, leer y dejar leer lo no dicho, el silencio, la espera, la alegría o el dolor, a través de los ojos tan cambiantes,

expresivos, sinceros y espontáneos, es siempre para mí un don recíproco que sube de lo profundo del corazón y se ofrece con simplicidad al otro.

En mi ministerio carcelario, los ojos, los de las personas a las que me acerco y los míos, son el primer carné de identidad que es un encuentro y, a veces, también un desencuentro, pero nunca ruptura; basta luego saber leer el retorno de la calma o la necesidad del desahogo. Son el espejo limpio de la belleza o turbio del mal que hay que conjurar.

Sé lo que consuela y anima, al atravesar los largos pasillos, el presuroso saludo con la mujer que va a tirar los sacos de la basura: «B, ¿estás bien? Tienes los ojos oscuros... ¿malas noticias?», o «A (otra hermana), sonríe, ¿ya sabes que F ha salido?, ¡todas nos alegramos!».

Y sé también por larga experiencia, el valor de una atención delicada que lee en los ojos lo que las mujeres tratan de enmascarar con un rostro impasible o fingidamente tranquilo. A veces basta que yo ofrezca un

pañuelito de papel para que se abran las cataratas del llanto trabajosamente reprimido o que pregunte dónde se ha ocultado el hermoso color de los ojos disfrazado en un hondo suspiro. O, cuando al enterarme del buen resultado de un juicio, propongo riendo el uso de las gafas de sol para evitar los rayos de los ojos felices. Belleza que resplandece en lo gris de una celda.

Cada vez que entro en las distintas secciones de la cárcel, como primera gimnasia del alma, después de la señal de la Cruz y renovar rápidamente la conciencia de que estoy pisando tierra sagrada por la presencia de Cristo crucificado y resucitado, trato de “resetear” mi corazón en la serenidad y en la paz, para que mis ojos reflejen serenidad y paz, aunque luego, durante los coloquios, la tristeza, la amargura, la fragilidad, la impotencia, tienen todo el poder de ofuscarlas o destruirlas, y encontrarme, fraternalmente, enjugando lágrimas de quien se confía y también las mías, para después poder mirarnos a los ojos y encontrar juntas esa fuerza de unidad que nos hace solidarias y responsables unas de otras. Cuántas veces, yendo a la cárcel, mi rosario es solo una invocación: *«Jesús, por la intercesión de María, Madre tuya y nuestra, abre los ojos y los oídos de mi corazón para que sea capaz de acoger a tus mujeres como las acoges tú»*.

Tal vez ese “como” es un poco presuntuoso, pero en las peticiones hay que apuntar alto y estoy segura de que mi exigencia da frutos primeramente en mí y luego en las mujeres que visito. La larga experiencia en la cárcel de Yaoundé, capital de Camerún, me había educado a poner en el centro la persona, a abrazar a una mujer, no a una detenida, a recordar su nombre, no su delito, y, por tanto, ahora me resulta natural sentarnos juntas para los coloquios, sin una mesa de por medio que nos separe. No hablar, sino escuchar,

escuchar... escuchar... incluso los silencios, las explosiones de rabia, de llanto, de desesperación... Escuchar, pero sin perder el contacto con los ojos, que, de tristes o cerrados, poco a poco se alzan buscando consuelo, seguridad, acogida en los míos, y lentamente se abren a la sonrisa, mientras las lágrimas, no contenidas, fluyen tranquilas, saludables, dejando señales en mi velo en el largo abrazo que consuela y nos hace hermanas que caminan con un solo corazón. Entonces el rostro se transfigura en una belleza que aflora de lo profundo y, aun dejando intactos los rasgos del rostro, renueva e ilumina todo el ser y cuanto lo rodea.

G sabe que no saldrá pronto de la cárcel, así como más de la mitad de su familia, interna en varias cárceles con duras condenas. Nos vemos en los pasillos tres veces a la semana, porque ella está encargada de acompañar a las detenidas enfermas a la enfermería.

«Señor, gracias, el milagro ha sucedido, ahora G se ha encontrado a sí misma, ahora es libre, ahora caminará en paz. Gracias por haberla mirado a través de mis ojos, gracias por haberlos usado una vez más».

Nuestro primer encuentro, hace años, fue un verdadero... desencuentro: con la silla de ruedas, que empujaba corriendo, casi me atropelló pero, más que la silla, me atropellaron sus inyectivas y amenazas. Traté de evitarla durante un tiempo, sobre todo después de los informes tan negativos que me dieron las funcionarias y sus compañeras. Pero un día, ante el gran portón de la entrada, me encuentro con una anciana toda agitada que, en voz alta, trataba de im-

poner a las funcionarias sus razones. Me acerco y le pregunto qué quería. Por tener caducado su carné de identidad, no podía entrar a visitar a su hija ni a su nieta, cuyos nombres no me sonaban. Trato de calmarla y le doy mi palabra de hacer toda mi parte para que sus familiares sepan que la mamá había venido a visitarlas pero no podía entrar. La señora se calma, me da las gracias y se marcha.

Qué sorpresa cuando descubro que la hija es justamente mi hosca atacante, la mando llamar y se me para delante con los ojos evidentemente cansados... Abrazándola, me parece tocar un tronco rígido, le digo que es el abrazo de su madre, que no ha podido entrar... De repente me toma las manos y me pregunta cómo he encontrado a su mamá, qué me ha dicho, cómo está... Una avalancha que allí, de pie, explota confiándome todo el dolor de saber sobre su madre, anciana, la única libre de la familia, que peregrina de una cárcel a otra quitándose de la boca lo necesario para llevar algo a los suyos. Entonces la abrazo de nuevo más fuertemente, sin preocuparme de las cámaras de vigilancia que hay a lo largo del pasillo y, ¡milagro!, sus ojos se abren grandes, sorprendidos, de un negro intenso, hermosísimos, brillantes bajo las lágrimas que ahora brotan como perlas... y los fija en los míos buscando apoyo, seguridad: *«Señor, gracias, el milagro ha sucedido, ahora G se ha encontrado a sí misma, ahora es libre, ahora caminará en paz. Gracias por haberla mirado a través de mis ojos, gracias por haberlos usado una vez más»*. Nuestros encuentros en los largos pasillos son ahora explosión de alegría y de noticias, son una sonrisa hermosa que da calor y que contagia a las enfermas que acompaña a la enfermería.

R acaba de ingresar, está acusada de un grave delito penado con el internamiento en la cárcel: hacer daño o matar a un bebé

es más grave que matar a un adulto. Ley no escrita, pero efectiva detrás de las rejas.

Supo descubrir el buen ladrón todo el amor y misericordia que hicieron de él no un criminal crucificado justamente, sino el primer santo que acompañó a Jesús a su Reino.

Cuando sale de la zona de aislamiento, las compañeras me la recomiendan enseguida, señal de que ellas también han comprendido la situación de la joven. La llamo, casi no se atreve a entrar, parece contraída sobre sí misma, cabeza encajada en los hombros, el rostro fijo en el suelo, las manos hundidas en los bolsillos. Enseguida se pone detrás de la mesa, como hacen las detenidas con las otras interlocutoras institucionales. La llamo por su nombre y hago que se acomode en la silla cerca de mí. Está inmóvil, rígida, le saco las manos de los bolsillos, se las aprieto, heladas, trato de levantarle la cabeza, resiste, muda. ¿Qué hacer? Con un gesto espontáneo, le aliso el flequillo, un estremecimiento y me encuentro con R casi caída en mi regazo como una niña que busca protección en su madre. Siento dentro una fuerte sacudida, le abrazo fuertemente teniéndola sobre las rodillas un largo rato, atenta a que no se abra el pestillo y alguien venga a interrumpir este momento sublime. Podría ser su abuela: R es todavía una muchachita, extranjera, está sola; noto en sus brazos signos de quemaduras de cigarrillos, cardenales antiguos y recientes. No le hablo, espero, después poco a poco le levanto el rostro y le miro fija a los ojos como transmitiéndole toda la comprensión por cuanto haya cometido y toda la misericordia que imploro del Padre para ella y para mí.

No se atreve a mirarme hasta que rompo el silencio llamándola por su nombre varias veces. Como un relámpago, y sus ojos azulísimos se clavan en los míos mudos, pero que tratan de darle toda la confianza y la acogida que quisiera darle, y de golpe explota sin alejar nunca sus ojos de los míos. Cuenta su vida de niña en su país, de vendida en este otro lugar, de prostituta menor maltratada, de desesperada y amenazada de muerte por la criatura que estaba creciendo en ella, fruto de violencia, pero que ella no tenía el valor para abortarla y luego... el parto: sola, desesperada, sin presente y sin futuro, el abandono del bebé y la fuga. Le hablo del niño que vive, que ha sido adoptado, que su vida ahora podrá cambiar. ¿Me escucha? No lo sé, no me importa, sé que no aparta sus ojos de los míos y sonrío cuando yo sonrío, hasta un llanto liberador que, lavando sus ojos, lava el corazón y cura las quemaduras y cardenales.

Ahora *R*, apenas entro en su sector, me busca y aunque no pueda hablarle en ese momento, la complicidad que leo en sus ojos claros es la confirmación de que el Señor sigue mirándola a través de mis ojos incluso cuando estoy lejos de la prisión. Es la belleza de una maternidad del corazón que puede dar vida a una maternidad de muerte.

También fuera de la cárcel, cuando en el metro encuentro a alguna mujer rumana, excarcelada, que “trabaja”, la fiesta está asegurada, aunque sabe que la regañaré por el temor a volverla a ver detrás de las rejas. Sus ojos buscan los míos, me sonríen, me abrazan, me piden noticias de las compañeras aún detenidas y me dan noticias de las que ya salieron. Qué diferencia entre las miradas irónicas, contrariadas de los pasajeros y las sonrisas sencillas y luminosas de las mujeres, a menudo en espera un nuevo retoño o con el último nacido en los brazos, que presentan a la “abuela” con orgullo,

para que yo lo bendiga. Me sorprende continuamente —espero no acostumbrarme— de la belleza de la confianza, del respeto, de la libertad que leo en sus ojos, que cambian enseguida de color y expresión a la vista de un uniforme o al oír palabras racistas, si no peores, de los viandantes.

Cuántas veces, en los tres días que voy a la cárcel, el camino se convierte en una meditación agradecida por el gran don de ser la “hermana de la prisión”, título que me honra y que trabajo por honrar recordando las túnicas de piel que Dios Padre cose después del error de nuestros progenitores, y con las que tiernamente los recubre, porque la persona, hija amada de Dios, no es la pena que cumple sino espejo de una sociedad madrastra, que no defiende y salva a sus propios hijos, sino que los hace frágiles y culpables.

Dios, cuando crea al hombre y a la mujer, lo que crea es bueno y hermoso: nadie nace con la marca de la culpa, sino que se convierte en su víctima. «*Se parecen a nosotros*», fue la exclamación sorprendida de un visitante de la cárcel, que aún me sigue punzando. No, no se parecen, «*son como nosotros*»: creados en belleza y bondad, pero víctimas de una historia y de sucesos que han estropeado el sello inicial, pero que no han destruido el diseño divino, que solo han de encontrar manos y corazones de misericordia que reconstruyan devolviendo la belleza querida por el Creador.

Mi oración es que la piedra que llevo en la mano y la de cuantos están prontos a lanzarla contra una detenida, por grave que sea el delito, se deje caer al suelo, sintiendo delante el rostro reclinado de Cristo, en cuyos ojos, entornados por el escarnio y la agonía, supo descubrir el buen ladrón todo el amor y misericordia que hicieron de él no un criminal crucificado justamente, sino el primer santo que acompañó a Jesús a su Reino.

«Así debe ser entre vosotros». El servicio de autoridad según el Evangelio

Marina Motta, s.b.g.

En el marco de la celebración de los 50 años del Concilio Vaticano II, del año de la fe y de la nueva evangelización, ha tenido lugar en Roma la XIX plenaria de la Unión internacional de Superioras Generales (UISG), reuniendo a más de 800 madres generales de 75 países de todo el mundo, para reflexionar y dialogar sobre el tema del liderazgo (leadership).

LA sala del hotel Ergife, en un clima de profunda comunión, ofrecía un espectáculo de belleza, por la variedad de los carismas y de las culturas, revelando el gran potencial y la riqueza de la vida consagrada, una riqueza que se expresó en los momentos de oración, de celebración y de colaboración gratuita.

No será así entre vosotros. El servicio de la autoridad según el Evangelio: fue el tema de la plenaria, un hermoso desafío para las exigencias de un mundo marcado cada vez más por una profunda crisis antropológica, por los cambios de época y por el siempre “dramático grito de los pobres”.

La presidenta sor Mary Lou Wirtz, f.c.i.m., al inaugurar los trabajos, exhortó:

Estamos viviendo un tiempo de caos, de noche, de oscuridad. ¿Cómo podemos ir adelante con esperanza cuando estamos

tentados de ceder al desánimo? Pero el caos es potencialmente un bien. El Espíritu quiere irrumpir en nosotros para renovar la tierra.

Invitó así a mirar al futuro, a alargar las perspectivas del liderazgo en una “obediencia a la realidad”, subrayando que en la evangelización el papel de la vida religiosa femenina es crucial.

Durante cinco días se sucedieron las relaciones expuestas por teólogas, sociólogas, economistas, pedagogas y psicólogas, ofreciendo materiales de reflexión y de revisión a las participantes que, primero se reunían en grupos lingüísticos (cada grupo compuesto por ocho superioras generales de naciones y culturas diversas); después en asamblea se abría un diálogo profundo y fecundo, diálogo que no tuvo miedo de poner sobre el tapete cuestiones delicadas, retos y

puntos cruciales que vive hoy la vida consagrada.

Valiosísimas fueron las aportaciones que, resumidas en un documento final, propusieron reflexiones sobre puntos importantes como: la figura de la autoridad en una comunidad adulta; “La compañía como gracia”: un desafío en nuestro mundo post-moderno; la autoridad de los que sufren; la escucha del grito de los pobres.

Sor Mary John Mananzan, o.s.b., con su contribución *Las perspectivas sobre la autoridad en la Vida Religiosa después del Concilio Vaticano II*, subrayó las características de una comunidad adulta en la cual la *leadership* tiene el deber de potenciar la corresponsabilidad del grupo y promover una comunicación circular-participativa que supere las lógicas verticales o piramidales. En esta perspectiva se afrontó una reflexión sobre el “poder”, sobre su verdadero significado evangélico y sobre su uso o abuso que a menudo se hace del mismo.

Las exposiciones de sor Mary Pat Garvin, r.s.m., *La Compañía como Gracia: una metáfora para la autoridad religiosa hoy* y de sor Charlotte Sumbamanu, s.t.n.j., *El ejercicio de la autoridad en una comunidad adulta* afrontaron, sin embargo, el modo de entender la autoridad religiosa hoy. Sor Mary Pat, analizando dos elementos críticos del servicio de responsabilidad, afirmó que para guiar como “compañías de gracia” debemos creer seriamente que la *leadership* mira, antes que nada y sobre todo, a las relaciones. En segundo lugar las “compañías de gracia” deben reconocer una empresa común y compartida.

Como líder de congregaciones, tenemos el deber de animar a nuestros miembros y de proveerles los instrumentos para apoyarse mutuamente en el seguimiento de Jesús en la tradición de nuestros fundadores y fundadoras. Las historias que contienen nuestra historia, los valores proclamados en

nuestras Constituciones y la expresión contemporánea de tales valores, que se encuentran en las Declaraciones de nuestro reciente Capítulo son los medios más potentes que tenemos para realizar directamente los deseos más profundos y las más altas aspiraciones de nuestros miembros, los mismos deseos y aspiraciones que encendieron su vocación religiosa.

¡Jesús conocía bien el poder de la narrativa y de la narración para que prendiera la acción en nombre del sueño de Dios! En el Evangelio vemos a Jesús hacer a menudo referencia a los deseos y a las aspiraciones de los discípulos, uniendo sus experiencias ordinarias con las historias contenidas en las Escrituras hebraicas. Hoy día los archivos de nuestra congregación contienen millares de relatos e historias que únicamente esperan que se vuelvan a contar y a decir liberando otra vez la energía y la visión de nuestros miembros fundadores. Pero quizá más querida a nuestros corazones y a nuestra experiencia personal es la narración de la congregación que se desarrolla formalmente o informalmente en un infinito número de modos, por ejemplo, en las admisiones, en las profesiones, en los jubileos y, tal vez de modo más conmovedor, en los funerales de nuestras hermanas, donde a través de esa historia contamos y gozamos del carisma hecho carne¹.

«La verdadera autoridad crece en la medida en la que hace que crezca en los otros».

Se acentuó después que, en toda cultura y en todos los tiempos, la función central de la edad adulta siempre ha sido y siempre será el de ser generativos. El servicio de autoridad común y compartido debe ofrecer a los propios miembros los instrumentos y el apoyo de que ellos tienen necesidad para

desarrollar sus capacidades de *leadership*, sea como líder en sus ministerios sea como futuros líderes de las congregaciones.

«Las personas con verdadera autoridad no se preocupan de hecho de preservar su poder, sino, al contrario, se guían por el deseo de que las otras personas crezcan en la autodeterminación y en la libertad de acción. La verdadera autoridad crece en la medida en la que hace que crezca en los otros».

Su ministerio es el de la unidad: ella es el signo y la responsable de la unidad de la comunidad. Podríamos preguntarnos si este ideal es realizable. Pero sí sabemos que la autoridad en la comunidad, como en la Iglesia, es un don de Dios y el don sigue siendo un ideal con el que debemos medirnos cada día.

El amor nos lleva a aceptar la responsabilidad de ser “el guardián de nuestro hermano o hermana”, pero nos impide interferir con violencia en su vida privada. Más bien estamos llamados a seguir la discreta vía del Espíritu Santo en el corazón del otro. Y no estamos llamados a sustituirle a Él ni a hacer su trabajo.

Sugestiva fue la contribución de la teóloga Bruna Costacurta con su relación *La autoridad y la Biblia*. Trazando la figura del rey ideal de Israel como la autoridad “que vive a servicio” “según el corazón de Dios” y el caso de Ester, la teóloga profundizó en clave bíblica sobre el servicio de autoridad. A Ester, en particular, la describió como una mujer que asumió la *«realidad del propio cuerpo, de la situación concreta, de su historia personal»* y *«puso en peligro su vida cargando con los sufrimientos del pueblo al que pertenece y del cual se siente responsable»*.

La autoridad de los que sufren fue el tema de sor Marta Zechmeister, c.j., que suscitó una reflexión sobre la atención a los desafíos de hoy y sobre el discernimiento. Recogiendo una frase de Dietrich Bonhoeffer, el gran mártir de la Iglesia luterana alema-

na, el cual dijo que ya no es suficiente *«asistir a las víctimas del suplicio de la rueda»*, sino que lo que se nos pide es *«bloquear y detener la rueda»*, afirmó:

En esta dimensión la misericordia y el amor apasionado deben traducirse en estrategias bien pensadas. Con la astucia del Evangelio, como congregaciones religiosas podemos aprovechar nuestra ventaja de ser uno de los primeros “*global player*” (jugadoras mundiales) en la historia humana y utilizar nuestras redes internacionales en nuestra congregación, en colaboración con otras congregaciones y tejer relaciones con todos los que luchan por la humanización del planeta.

¿Cómo podemos ir adelante con esperanza cuando estamos tentados de ceder al desánimo? Pero el caos es potencialmente un bien. El Espíritu quiere irrumpir en nosotros para renovar la tierra.

Es un ejercicio de “contemplación”, el ejercicio de mirar y escuchar con atención y honestidad, para que “la autoridad de las víctimas”, el “sacramento de la voluntad de Dios” nos hable. Es necesario un corazón que escuche con paciencia para comprender lo que las víctimas nos piden concretamente en cada situación.

Por consiguiente el deber de las responsables es el de hacer que toda la comunidad se ponga en marcha “pronta y solícita”: se acerque físicamente a los pobres y a los excluidos y participe con ellos la vida y sus aficiones, aprenda su lenguaje y busque y goce de su amistad [...] –como afirma el papa Francisco–: *«La Iglesia está llamada a salir de sí misma y a ir hacia las periferias, no solo a las geográficas, sino también a las existenciales: las del misterio del pecado, del*

dolor, de la injusticia, de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de toda forma de miseria»².

«Tratar de transformar nuestra vida con la Palabra, y contarla no cómo ha sido estudiada, sino cómo ha sido vivida [...] esto nos ayuda a crecer; nos lleva a no detenernos en una cristología sin Padre y sin Espíritu Santo.»

Durante la plenaria además de las relaciones se presentaron testimonios, experiencias, encuestas. Se presentó el camino intercongregacional en Brasil, por el cual, durante los años 70 y 80, abrazando la opción por los pobres, muchos institutos se transfirieron del sur al nordeste del país favoreciendo la intercongregacionalidad. Un sucesivo traslado geográfico se produjo también en los años 90 hacia el centro-norte, cuando diversos Institutos se transfirieron a la Amazonia. La Conferencia de los religiosos del Brasil apoyó estas opciones misioneras promoviendo la formación y el acompañamiento de las comunidades intercongregacionales. En algunas *favelas* del Brasil viven y trabajan juntas hermanas de diversas congregaciones, cada una con la propia espiritualidad, pero se confrontan en un camino de comunión y de participación recíproca para responder juntas a los desafíos de su territorio. Sor Fiorenza, una hermana misionera, comunica: *«De este modo quien tiene una inclinación a la vida contemplativa da equilibrio a quien está comprometida exclusivamente con las acciones sociales, y viceversa. De este modo se favorece a la persona, no a la obra»*.

La dimensión intercontinental caracteriza en cambio al proyecto Talita Khum, la red internacional de Vida Consagrada contra la “trata de personas”. Surgida en el

seno de la UISG, en el ámbito de un proyecto en colaboración con la Organización Internacional para las Migraciones y financiado por el Gobierno de los Estados Unidos, Ministerio para la población, los Refugiados y la Migración. Colaboran en esto unas de dos mil hermanas, a través de veintidós redes de religiosas comprometidas en la ayuda a mujeres, hombres y niños víctimas de explotación, abusos y la prostitución. También se afrontó la trabajosa realidad de la vida religiosa americana, con sus retos y sus dolores, en un clima de profunda atención, haciendo posible un diálogo franco y constructivo.

A este respecto hay que resaltar intervención del cardenal Joao B. de Aviz, Prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, el cual respondió a las preguntas de las generales en un diálogo honesto y claro, diálogo no siempre verificado en el pasado.

Debéis ser profetas de la esperanza. Sois valiosísimas para la Iglesia

Después de haber valorado el rol de la UISG como *«camino de comunión en el cual se comprende y se actúa el espíritu del Concilio Vaticano II»*, el cardenal añadió que *«volver al Concilio significa volver al Evangelio»*. *«La Iglesia nos parece a veces una sociedad de clases, bien organizada, pero siempre de clases»*. Sin embargo, añadió, debemos tener en cuenta que *«el Papa., el cardenal, la persona consagrada, no valen más que quien trabaja, cría los hijos, etc.»*. Por eso *«entre nosotros debe crecer la relación de fraternidad, la espiritualidad de participación»*. Las *«órdenes y congregaciones más ricas deben ser las que más distribuyen»*. Refiriéndose a la presencia de la dimensión jerárquica y de la dimensión carismática en la Iglesia, dos dimensiones coesenciales, dijo: *«El valor de la participación, de proceder*

juntos, hombres y mujeres, es fundamental y la comprensión de esta “coesencialidad” es un modo de resolver los conflictos y dar esperanza a la Iglesia». Tocando el espinoso problema de las disputas surgidas entre las religiosas americanas reunidas en la Lwer (*Leadership Conference of Women Religious*) y el Vaticano por aspectos doctrinales y de naturaleza ética, contestando a las religiosas por la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal reconoció que el problema todavía no ha sido resuelto; pero precisamente por eso «*hay necesidad de un intenso diálogo entre las dos partes. Prevalece sin embargo la esperanza y la voluntad de construir*».

«La Iglesia está llamada a salir de sí misma y a ir hacia las periferias, no solo a las geográficas, sino también a las existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de toda forma de miseria».

«Este encuentro por su consistencia eclesial es un tesoro, es uno de los tesoros más preciosos de la Iglesia, para el diálogo entre personas que viven el evangelio de Jesús. Estoy contento de este momento», dijo el cardenal durante la homilía.

Y continuó: «*Tratar de transformar nuestra vida con la Palabra, y contarla no cómo ha sido estudiada, sino cómo ha sido vivida [...] esto nos ayuda a crecer; nos lleva a no detenernos en una cristología sin Padre y sin Espíritu Santo. La dimensión trinitaria uno-tres es una realidad de amor. ¿Cómo componer la diversidad si no en modo trinitario? La unidad en la diversidad: ser diversos, ser uno*».

Y el Papa Francisco durante la audiencia con las Generales:

No debemos olvidar nunca que el verda-

dero poder, a cualquier nivel, es el servicio, que alcanza su vértice luminoso sobre la Cruz. Benedicto XVI, con gran sabiduría, ha recordado muchas veces a la Iglesia que si para el hombre a menudo autoridad es sinónimo de posesión, de dominio, de éxito, para Dios autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; quiere decir entrar en la lógica de Jesús que se postra a lavar los pies a los Apóstoles y que dice a sus discípulos: Sabéis que los gobernantes de las naciones las dominan... Entre vosotros no será así –precisamente el lema de vuestra asamblea, “entre vosotros no será así”–, sino el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y quien quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo (*Mt 20, 25-27*). Pensemos en el daño que acarrea al Pueblo de Dios los hombres y mujeres de Iglesia que son carreristas, trepadores, que “usan” al pueblo, a la Iglesia, a los hermanos y a las hermanas –a los que deberían servir– como trampolín para los propios intereses y ambiciones personales. Estos hacen un daño grande a la Iglesia.

Sabed ejercer siempre la autoridad acompañando, comprendiendo, ayudando, amando; abrazando a todos y a todas, especialmente a las personas que se sienten solas, excluidas, tristes, las periferias existenciales del corazón humano. Tengamos la mirada fija en la Cruz: allí está el lugar de toda autoridad en la Iglesia, donde Aquel que es el Señor se hace siervo hasta el don total de sí³.

¹ Cf. M.P. Garvin, r.s.m. *La Compagnia come Grazia: una metafora per l'autorità religiosa oggi*. 5 maggio 3013 pp.5-6. Esta y las siguientes relaciones mencionadas han sido publicadas en *Vidimus Dominum*.

² Cf. Suor M. Zechmeister, c.j., *L'autorità di coloro che soffrono*, p. 2.

³ Papa Francisco a las participantes en la asamblea plenaria de la U.I.S.G., 8 mayo 2013.

Santos juntos: el mensaje de Chiara Lubich en el testimonio de Chiara Luce Badano¹

Lucía Abignente

El camino de santidad recorrido por Chiara Luce Badano es inseparable del carisma de la unidad de Chiara Lubich, no sólo por la relación que unió a la joven con la fundadora de los Focolares, sino también con su familia y con una comunidad que la acompañó paso a paso en su camino hacia la santidad. En ella aparece de modo luminoso cómo el amor hace bella a una persona: «La hija del rey es toda esplendor» (Sal 45, 14).

«**O**S invito a conocerla: su vida ha sido breve, pero es un mensaje estupendo». Así decía el papa Benedicto XVI a miles de jóvenes y familias, pocos días después de la ceremonia de beatificación de Chiara (Luce) Badano. Y se preguntaba cómo esta joven había podido en el dolor irradiar tanta luz, paz, serenidad, fe. Evidentemente, concluía el papa, «se trata de una gracia de Dios, pero esta gracia también ha estado preparada y acompañada por la colaboración humana: la colaboración de Chiara misma, ciertamente, pero también de sus padres y de sus amigos»².

Acogiendo la invitación y las indicaciones del Benedicto XVI, queremos ahora detenernos en la dimensión comunitaria que caracterizó el camino de Chiara Luce a la santidad.

La sabia educación recibida de sus pa-

dres permitió a Chiara Badano desde su infancia asimilar valores cristianos y humanos tales como la honestidad, la rectitud, la coherencia, la magnanimidad ante las necesidades de los hermanos. En los últimos diez años de su corta vida, y de modo muy particular durante los años de la enfermedad, el camino espiritual de Chiara Badano, el de sus padres y el de muchos de sus amigos más cercanos tuvo un origen y un alma común: el compromiso en una de las realidades eclesiales de nuestro tiempo, el Movimiento de los Focolares, nacido del carisma de Dios dado a Chiara Lubich.

La vocación a la santidad según la espiritualidad de la unidad

No es posible presentar aquí extensamente la visión que Chiara Lubich tiene del

camino de la santidad, ni del influjo que sus intuiciones e indicaciones tienen en este sentido en la formación de los miembros del movimiento y en los frutos de santidad que han madurado en la vida de muchos³. De manera sintética –no exhaustiva– quisiera destacar algunos puntos esenciales.

Ante todo me parece importante aclarar que ya en los años cuarenta, inmediatamente después de la consagración de Ch. Lubich a Dios, el 7 de diciembre de 1943, estaba presente en ella y en la nascente experiencia de los Focolares la conciencia de poner como lo primero la vocación del cristiano a la santidad, conciencia que, en línea con la Constitución conciliar *Lumen Gentium*, la Exhortación apostólica *Christifideles laici* puso como primer criterio para discernir la eclesialidad de un carisma. Decidida fue, de hecho, en Ch. Lubich la convicción de que no es un estado de vida lo que decide la perfección, sino el cumplir la voluntad de Dios, porque este es el camino de santidad para todos, no sólo para una élite de personas. Esta comprensión y visión de la santidad dio a la joven Ch. Lubich, y al primer grupo de sus compañeras de Trento, una dimensión que podría decirse nueva para aquellos tiempos. En el camino de seguimiento del Señor, se comprendió fundamental no el interés por una perfección que habría que conseguir, mirándose a uno mismo, para ir quitando cada defecto, sino más bien vivir amando, por tanto, proyectados fuera de sí, en la voluntad de Dios y en el amor al prójimo, para responder a Dios conocido como Amor. No sólo esto, sino que la lectura del Evangelio, hecha juntos, la comprensión nueva de las palabras de Jesús, en particular las del mandamiento que llamó suyo y nuevo (cf. *Jn* 13, 34), viéndolo hasta experimentar la presencia prometida de Jesús entre dos o más unidos en Él (cf. *Mt* 18, 20), hizo que la primacía dada a la caridad llegase ya desde aquellos

primeros años a inyectar el mismo deseo de santidad. Subrayando el cambio producido, gracias a la luz dada por Dios, Ch. Lubich explica:

*«Antes éramos tan individualistas que cada uno pensaba en sus asuntos: en ser bueno, tal vez hasta en hacerse santo, pero por su cuenta; después la misma idea, el mismo deseo de santidad era puesto en común: queríamos amar al otro y ayudar al otro a hacerse santo como nosotros mismos»*⁴.

La verdadera santificación, por tanto, madura en la reciprocidad del amor, cuando Jesús, que es el santo, está presente y conforma con su santidad. Escribía Chiara en 1950:

*«El mandamiento de Jesús: “Sed perfectos como el Padre” (Mt 5, 48) es mandamiento que vale para todos en cada momento de su vida, incluso para el pecador apenas convertido». Como todos deben amar al prójimo como a sí mismos, así «todos deben ser perfectos como el Padre. Pero esto es posible sólo si tratamos de hacernos santos con la disposición indispensable para lograrlo, es decir, si ponemos como base de nuestra santidad (ante omnia, incluso antes de la santidad) la mutua caridad, es decir, Jesús entre nosotros como premisa o principio, como medio para santificarnos y como fin»*⁵.

Esta certeza conformó y sostuvo siempre el compromiso siempre vivo y siempre renovado por hacernos “santos juntos”, conforme al carisma recibido de Dios: el de la unidad.

Con esta luz se comprende cómo el compartir las intuiciones, las luces, los dones de Dios es una característica constante del camino espiritual de Chiara. Lo hizo con personas de todas las edades, vocaciones, proveniencia cultural, social, de confesiones diversas, incluso con fieles de otras religiones y con personas de convicciones no religiosas. A las nuevas generaciones del Movimiento, jóvenes y niños (llamados gen 2, gen 3, gen 4) con los cuales tenía una rela-

ción especial, les transmitía íntegro lo que había recibido de Dios. Es significativo lo que afirmaba hablando de los más pequeños: «*Cuando me encuentro con ellos procuro adaptar mi lenguaje al de ellos, pero no reduzco la verdad y veo que comprenden. Con frecuencia se convierten en apóstoles de los de su edad y a veces son testigos eficaces para los adultos*»⁶.

El ejemplo de Chiara Luce es una prueba. ¿Pero qué pensamientos, indicaciones de Ch. Lubich, tuvo ocasión de conocer y hacer suyos Chiara Badano? Tratemos de comprenderlo más de cerca.

Una gen realizada

Conocido el Movimiento de los Focolares a los 9 años, Chiara Badano se inserta en el grupo de las niñas de su edad, las gen 3, participando en los encuentros durante los cuales, sobre el fundamento del Evangelio, profundiza los 12 puntos cardinales de la espiritualidad del Movimiento de los Focolares. Característico de la formación gen es también el ayudarse recíprocamente a vivir la caridad a través de la comunión de bienes, el testimonio y la irradiación del mensaje evangélico, la vida de oración, el cuidado por la naturaleza y la vida física (el juego, por ejemplo, tiene un puesto relevante y un importante rol formativo), el cuidado por la armonía personal y por el ambiente, la solicitud por la unidad que se mantiene viva estando al día mediante la correspondencia y el uso de los medios de comunicación.

Se le presta atención al estudio, no sólo el personal, sino sobre todo el que se hace en unidad para profundizar en la doctrina cristiana. El programa de formación es acompañado y sostenido siempre por pensamientos, escritos, cartas, temas programáticos que Ch. Lubich ha dirigido durante años a estos niños, o también grabaciones audiovisuales de encuentros tenidos

con ellos. Son como “pilares” en la historia y en la vida del Movimiento gen, que se van transmitiendo a todos. Desde el nacimiento del Movimiento gen 3, por ejemplo, Chiara les dio como protector al Espíritu Santo: «con Él esta debe ser una generación de santos», dijo⁷. De la santidad les habló repetidamente, animándoles para ofrecer a Dios un “escuadrón de santos”. Con esta luz, la elección de Dios solo, en primer lugar, fue el paso fundamental propuesto con la conciencia de que el sí a Dios es también un sí a los hermanos, un regalo que también es beneficioso para los otros. Momento fundamental en los comienzos del Movimiento gen 3 (después transmitido también a los que han venido después como Chiara Luce) fue cuando Ch. Lubich envió personalmente a cada uno de los gen 3 un Evangelio de bolsillo para poder tenerlo siempre consigo. Les escribió: «*la característica de los gen 3 es y será la santidad. Pero la santidad se consigue viviendo el Evangelio*»⁸, «*el Evangelio ha sido, es y seguirá siendo el libro de la renovación de los individuos y de la sociedad. Hay que nutrirse con él desde jóvenes para santificarse y cambiar el mundo*»⁹. Transmitiendo la espiritualidad que brota del carisma que ve el Evangelio desde la perspectiva del testamento de Jesús, Ch. Lubich inflama los corazones de estos jovencísimos para llevar el mundo a Dios, abre ante ellos el horizonte del «*que todos sean uno*» pedido por Jesús al Padre y, al mismo tiempo, comunica el secreto de la unidad, la pasión de su vida: el amor a Jesús que sobre la cruz grita su abandono. Les invita a un sí lleno de amor a Él: «*Jesús abandonado debe convertirse en vuestro mejor amigo*»¹⁰. Les ayuda a descubrirlo en los dolores personales, pero también en quien sufre, en quien es abandonado por los demás, en quien está lejos de Dios. Les anima: «*no temáis, gen. Yo lo conozco [...]. Él, si se siente verdaderamente amado, sabe cómo recompensaros: os llena de tanta*

Unidad y Carismas

alegría nueva que tendréis para dar a todos. No sólo esto: además él os hará santos»¹¹. No duda en señalarlo como el esposo de sus almas, independientemente de las distintas vocaciones a las que Dios les llame: «Mañana alguna de vosotras se casará, porque querrá formar una familia, pero ¿quién será el primer esposo? Jesús Abandonado. ¿Y qué se hace con el esposo? Del esposo nunca puede uno divorciarse. Por tanto, si llega el dolor, debes abrazar al esposo; no podéis decirle: “¡Estáte allá lejos!”, porque es tu esposo. Con el esposo ¿qué se hace? Se le prefriere siempre a él. [...] Si partís con este desposorio, os he puesto en el alma lo que más tengo en el corazón, el secreto de mi vida, el secreto del Movimiento y esto os hará felices en toda esta vida y por toda la eternidad»¹².

Estos rasgos esenciales de la formación gen se encuentran todos en los documentos que tenemos de Chiara Luce, en los testimonios sobre su vida, así como en sus escritos. Examinemos, por ejemplo, su correspondencia con Ch. Lubich, a la que a menudo se dirige con gratitud con el término “mamá”.

La elección de Dios ya se evidencia en la primera carta dirigida a Ch. Lubich en 1981, poco después de haberla conocido. Le habla de su primera Mariápolis, vivida con los chicos de su edad:

«Cuando mi madre me dejó estaba un poco preocupada y me dijo: “Chiara, ahora estás sola, procura comportarte bien”. Pero yo le respondí: “Mamá no estoy sola, está Jesús”. Las niñas que conocí eran buenas, amables, distintas de las de la escuela y juntas hemos tratado de vivir para Jesús»¹³.

En 1983 Chiara Badano participa en dos congresos internacionales de gen 3 en Rocca di Papa, centrados sobre Jesús Abandonado. Escribe en junio a Ch. Lubich:

«Para mí ha sido el primer Congreso y tengo que decir que ha sido una experiencia maravillosa, he descubierto a Jesús Abandonado de un modo especial, lo he experimentado en cada pró-

jimo que pasaba a mi lado. Este año me he propuesto ver a Jesús Abandonado como mi esposo y elegirlo con alegría y sobre todo con todo el amor posible»¹⁴.

Y después del Congreso de noviembre: *«La realidad más importante para mí durante este congreso ha sido volver a descubrir a Jesús Abandonado. Antes lo vivía un tanto superficialmente y lo aceptaba esperando después la alegría. En este congreso he comprendido que estaba equivocándolo todo. No debo instrumentalizarlo nunca, sino amarlo y basta. He descubierto que Jesús Abandonado es la llave de la unidad con Dios y quiero elegirlo como mi primer esposo y prepararme para cuando venga. ¡Preferirlo! He comprendido que puedo encontrarlo en los alejados, en los ateos y que debo amarlos de modo especialísimo, sin intereses»¹⁵.*

Son palabras profundas de una niña de apenas 12 años...

En noviembre, dos años después, en un momento nada fácil para ella (había dejado Sassello y marchó a Savona para estudiar en el instituto) participará de nuevo a un congreso internacional, esta vez sobre el tema de la Palabra:

«Durante este congreso he descubierto el Evangelio bajo una nueva luz. He comprendido que no era una cristiana auténtica porque no lo vivía hasta el fondo. Ahora quiero hacer de este magnífico libro el único objetivo de mi vida. No quiero y no puedo permanecer analfabeta de un anuncio tan extraordinario. Como para mí es fácil aprender el alfabeto, así debe ser también vivir el Evangelio»¹⁶.

En una comunión sincera con Ch. Lubich comunica lo que ha comprendido, los pasos dados y los propósitos: *«He descubierto esa frase que dice: “Dad y se os dará”. Debo aprender a tener más confianza en Jesús, a creer en su inmenso amor»,* y su inmediata adhesión en la que se trasparenta la apertura de su corazón hacia la Iglesia: *«He ofrecido cada momento de estos días por el Sínodo»¹⁷.*

La correspondencia con las otras gen, o

las cartas en forma de comunicaciones escritas a las responsables, demuestran la generosidad con que Chiara Badano se compromete y la coherencia de ir “contracorriente”, de no adaptarse a la mentalidad del mundo en cuanto a las costumbres, el lenguaje, el deseo consumista de poseer, la capacidad de superar la tentación del desánimo cuando sobrevienen las críticas de los coetáneos que la ven diferente o también cuando, con el grupo de jóvenes (gen 2), no encuentra enseguida el clima deseado. Su atención se muestra muy concreta y constante en la comunión de bienes materiales y espirituales. Incluso cuando su salud no le permitirá estar presente físicamente, encontrará los modos para hacer sentir su participación y ofrecer el don de su vida¹⁸. Al mismo tiempo sabe acoger el don de la presencia y de la experiencia del otro (también de los que le han precedido en la vida gen, como Carlo Grisolia, que es Siervo de Dios)¹⁹.

Y mientras vive con intensidad las relaciones dentro del grupo, su alma se extiende hacia horizontes amplios, al de la oración de Jesús al Padre: «*que todos sean uno*». De aquí la sencillez y autenticidad en entablar relaciones de amistad con el compromiso no tanto de hablar de Dios sino de dar a Dios²⁰. Su vivir para la unidad se manifiesta también en el cuidado por los que sienten que Dios le ha confiado, en la generosidad hacia quien está necesitado (basta pensar en lo que da a un amigo que partía para África), en la acogida alegre, simple y abierta a los demás, sin discriminaciones, con una mirada atenta a quien está solo o rechazado. Es un testimonio que no deja indiferentes, una presencia que habla incluso cuando es necesaria la ausencia, como testimonia su profesor:

«*Durante el periodo de la enfermedad ha sido cuando más hemos sentido su presencia creativa, la fuerza de estímulo, de reflexión, de profundi-*

zación de nuestra vida. Esto ha sido sin duda algo que ha implicado a los compañeros de la clase y a todos los profesores [...]. Todos han vivido este testimonio de vida con la misma intensidad y la misma participación»²¹.

«*Quien ama la cruz tiene la luz de Dios y es luz para el mundo*»²², decía Ch. Lubich a los gen. Y también: «*La característica del Gen es llevar a todas las partes la unidad*»²³. «*Queremos realizar la unidad sobre la tierra, porque es el testamento de Aquel a quien amamos sobre todas las cosas*»²⁴. «*Somos un solo cuerpo, unidos, pero libres porque nuestra vida refleja la unidad y la trinidad de Dios*»²⁵.

En el testimonio de Chiara Badano se nota, por tanto, una correspondencia atenta, profunda, generosa a las líneas de vida dadas por Ch. Lubich a las nuevas generaciones de los Focolares. Nos lo confirma su pensamiento que, comparando lo que Chiara Luce manifiesta de sí con las exigencias de la espiritualidad de la Obra de María descritas en los estatutos y en los reglamentos, depuso así en el proceso de beatificación: «*ha colmado todas las exigencias de la vida Gen*»²⁶.

Juntos en el “Santo Viaje”

En la breve vida de Chiara Luce, Ch. Lubich encuentra «*un crecimiento hacia la madurez espiritual*». «*De manera particular –precisa– el Espíritu Santo la ha concentrado en el punto central [...] de toda la espiritualidad de la unidad: Jesús crucificado y abandonado, que podía repetir con san Pablo: “No conozco más que a Cristo y este crucificado” (cf. 1 Cor 2, 2)*»²⁷.

La relación con Jesús Abandonado, al que Chiara Badano había elegido con amor de predilección ya desde pequeña, alcanza su cumbre en los dos últimos años marcados por la enfermedad, vividos por ella en la conciencia y en la espera del encuentro con Dios.

En una nota a Chicca Coriasco, Chiara

Luce escribe un año antes de la muerte (4 de octubre de 1989): «Iniciamos un nuevo año juntas sumergiéndonos en el Santo Viaje»²⁸.

Para entender el sentido que contienen estas dos palabras (“Santo Viaje”) hay que dar un paso atrás, haciendo referencia una vez más a Ch. Lubich. En 1980, después de haber preparado los textos sobre la voluntad de Dios –tema elegido como punto de la espiritualidad para profundizar durante el año– Ch. Lubich escribía en su diario: «La voluntad de Dios me ha penetrado en el alma como un sello de fuego... Quisiera, durante este año, hacer lo que sea para que todos se convenzan de su enorme importancia y se decidan a vivirla con total compromiso. Veríamos al mundo cambiar, todos tenderían a la santidad»²⁹. Un mes después pide a Dios un impulso decisivo para hacerse santa. Su petición es escuchada. Jesús que en los primeros días en Trento le había revelado el sentido profundo de su grito en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46), viene ahora a interpellarla: «Si no me amas tú, ¿quién me amará?». Jesús Abandonado: Él es el camino a la santidad. Chiara comunica su experiencia interior a todos, primero a los focolarinos, después también a los más jóvenes el 31 de diciembre de 1980. En amar a Jesús abandonado «siempre, enseguida, con alegría» –cada vez que se presenta, con prontitud y alegría– hallaría el camino y, al mismo tiempo habría correspondido a cuanto la Iglesia pide cuando habla de virtudes heroicas³⁰. La adhesión es inmediata y se parte unidos en el camino común hacia la santidad. En sintonía con la Escritura: «Dichoso el hombre que pone su confianza en ti y decide en su corazón el santo viaje» (cf. Sal 83 (84), 6): se le llama “santo viaje”. Un “viaje” acompañado regularmente por Chiara con pensamientos espirituales, comunicados durante conversaciones telefónicas colectivas periódicas: las llamadas Conexiones.

Se trata de una cita especialmente querida por Ch. Lubich. Durante los días anteriores a esta cita, ella la primera, buscaba traducir en vida lo que Dios le hacía comprender y después resumía su pensamiento espiritual en un “lema” o “palabra” para vivir hasta la conversación sucesiva, para progresar constantemente juntos.

«Durante este congreso he descubierto el Evangelio bajo una nueva luz. He comprendido que no era una cristiana auténtica porque no lo vivía hasta el fondo. Ahora quiero hacer de este magnífico libro el único objetivo de mi vida. No quiero y no puedo permanecer analfabeta de un anuncio tan extraordinario. Como para mí es fácil aprender el alfabeto, así debe ser también vivir el Evangelio».

Es una feliz coincidencia que Chiara Badano y sus padres encontraran el Movimiento de los Focolares precisamente aquel año (final de 1980-1981), en el que el camino hacia la santidad recibe un nuevo impulso y la conexión telefónica, poniendo en contacto a personas de todas las partes del mundo, ayuda a ser cada vez más una sola familia, con una única meta. Chiara Badano, los gen con los que ella se encuentra, así como sus padres, toman de los pensamientos espirituales de Ch. Lubich luz y fuerza en el compromiso cotidiano de esa “alta medida”³¹ a la que está llamado el cristiano.

La Conexión de junio de 1990 tiene como título: «Lo quieres Tú (Señor), también yo lo quiero»³². El 19 de julio, en su penúltima carta a Ch. Lubich en que la comunica que la medicina había “depuesto las armas”, Chiara Luce escribe:

«¡Oh madrecita, ¿lograré yo también ser fiel a

J.A. y vivir para encontrarlo? Me siento muy PEQUEÑA y el camino que hay que hacer es muy arduo, a menudo me siento abrumada por el dolor. Pero es el Esposo que viene a verme, ¿verdad? Sí, yo también repito contigo: Si lo quieres tú, Jesús, también yo lo quiero»³³.

Solo estas referencias ya indican claramente la correspondencia entre el mensaje de Ch. Lubich y la adhesión de Chiara Luce. Los pensamientos de las Conexiones se reflejan en sus escritos, en lo que vive y comunica, como prueba el testimonio de quien le ha estado cerca³⁴. Es una confirmación del eco que el carisma de Ch. Lubich ha tenido en su alma.

El constatarlo sería, sin embargo, aún poco para entender en qué sentido Chiara Luce pueda ser considerada un ejemplo transparente, claro, no el único, sino el primero reconocido por la Iglesia, de la llamada a hacerse santos juntos que Ch. Lubich tuvo siempre en el corazón. Chiara Luce no ha llegado sola a la meta, sino que *«es una flor ayudada en su santidad por el terreno de alrededor»*. Así la calificó un día en un discurso espontáneo Ch. Lubich que, sin temor a los malentendidos, dijo: *«Es una flor de una comunidad santificada»³⁵*.

No pretendía con esto pronunciarse sobre la santidad de los individuos, sino más bien señalar el aspecto específico de la propuesta que nace del carisma de la unidad: ser santos con el Santo entre nosotros, según la promesa de Jesús: *«Donde dos o más están unidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos»* (Mt 18, 20).

Recordemos el escrito citado al comienzo: ser perfectos como el Padre; esto es posible *«si a la base de nuestra santidad (ante omnia, incluso antes que la santidad) ponemos la mutua caridad: Jesús entre nosotros como premisa o principio, como medio para santificarnos y como fin»³⁶*. «Nosotros, explicaba Ch. Lubich, ponemos como punto de partida el amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas

las fuerzas y, por consiguiente, al prójimo como a nosotros mismos y por eso comenzamos nuestra santificación santificándonos con los otros en comunión con el hermano»³⁷.

«En comunión con el hermano...». La cantidad de episodios recogidos en las actas de la causa de canonización de Chiara Badano testimonian esta comunión plena, que es comunión en Dios (basta pensar en lo divino que invade las conversaciones con sus padres, con los amigos), por Dios (en el don de sí consciente y consecuente, que le lleva incluso al rechazo de la morfina, porque sólo le ha quedado el dolor para ofrecer), es comunión con Dios, con Él presente en el corazón de cada hermano, con Él presente entre los hermanos. En este camino en cordada, el primero es justamente Él. Chiara Badano siente su presencia y tiene ojos puros para reconocerlo. Así escribe a sus amigos Orietta y Luca el 7 de septiembre de 1990, solo un mes antes de su muerte:

«Ante todo, ¡gracias! Gracias por vuestro amor que siento tan fuerte. Solo vuestra presencia me tranquiliza. Gracias también por las meditaciones de Chiara que son preciosísimas y me ayudan a empezar de nuevo.

Y ahora quisiera pedir os un favor: (no sé si lograré hacerme entender plenamente). No quisiera que me alzaseis sobre un pedestal... Jesús ha permitido esta prueba pero es mérito de Él si logro aceptarla... de mi parte hay muy poco. Y vosotros no os creáis demasiado "pequeños", ¡no lo sois!» Cuando he llamado por teléfono a Gis [una de las primeras compañeras de Ch. Lubich, n.d.r.] *le he dicho que yo no me siento a la altura de contribuir a su espléndido designio de amor y ella me ha dicho que es Él el que nos lleva a sus alturas, no debemos preocuparnos; lo importante es decir nuestro sí en el momento presente. Este es mi deseo... Entonces sigamos juntos»³⁸*.

Esta carta es una síntesis preciosa del camino recorrido. Ahí está todo: la con-

ciencia de la gracia de Dios («*es mérito de Él si logro aceptarla [la prueba]*»), de la presencia de Dios que actúa en cada uno («*no os creáis demasiado “pequeños”, ¡no lo sois!*»), está la gratitud por la presencia y la ayuda de los hermanos en el “Santo Viaje” («*Sólo vuestra presencia me tranquiliza. Gracias también por las meditaciones de Chiara que son preciosísimas y me ayudan a empezar de nuevo*»), están las virtudes heroicas (la humildad, la perseverancia, la fortaleza... «*Lo importante es decir nuestro sí en el momento presente*»), está el compromiso consciente y renovado de hacerse santos juntos («*entonces sigamos juntos*») y, al mismo tiempo, está la conciencia limpia de que es Dios, el Santo en medio nosotros, el que nos lleva a sus alturas y nos hace instrumentos suyos, capaces de «*contribuir a su espléndido designio de amor*».

Como conclusión de esta reflexión quisiera volver por un momento al 3 de mayo de 1981, fecha en la que la familia Badano participan juntos por primera vez en un encuentro del Movimiento: el Familyfest. Aquel día Juan Pablo II dirigió a todas las familias reunidas en el Palacio de deportes de Roma palabras sublimes sobre la familia, pequeña Iglesia doméstica: «*Vosotros constituís la unidad de los dos reunidos en su nombre y él está en medio de vosotros [...]. ¡Sed, pues, la Iglesia! ¡Construid la Iglesia! [...] Os puede ayudar en este compromiso vuestra típica espiritualidad*»³⁹. *Quien estaba presente aquel día recuerda el silencio absorto y el estremecimiento de la sala –captado también por los medios– cuando el Santo Padre añadió una frase: «he dicho que os deseo que sedáis la Iglesia [...] ahora quiero decir que deseo a la Iglesia que sea como vosotros»*⁴⁰.

¿Quién habría imaginado aquel día que una de las familias en su primer encuentro con el carisma de la unidad habría dado, años después, a Dios y a la Iglesia este fruto maduro? ¿Quién habría dicho que una

de las más jóvenes participantes sería conocida un día como «*la primera beata focolarina*»?⁴¹.

Este don que Dios ha hecho al Movimiento de los Focolares, sin embargo sobrepasa al movimiento mismo. Sería imposible pensar de otra manera, considerarlo como un tesoro para guardarlo celosamente o alardear... Es un don, cierto, que hay que acogerlo con responsabilidad. Chiara Badano, a sus 19 años, no dudó en acoger a Dios que llamo a su puerta. Ella, a quien Ch. Lubicich dio el nombre de “Luce” precisamente porque había recogido en sus ojos la luz del Espíritu, de su carisma⁴², con su testimonio de vida sirve de estímulo para un camino hacia una santidad eclesial y comunitaria que anhela nuestro tiempo⁴³. Nos recuerda el Concilio: «*Fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente*» (LG. 9).

Una «santidad del pueblo»: este es precisamente el deseo y el anhelo de Ch. Lubicich. Decía: «*El Señor no nos pide una santidad individual, sino comunitaria, donde cada uno debe ayudar a su prójimo a hacerse santo. Y estos en cadena, su prójimo, y así sucesivamente. Este es el tipo de santidad que tendría [...] que producirse y ponerse de relieve para la edificación de muchos en la Iglesia: una santidad colectiva, una santidad del pueblo*». Con un deseo lleno de fe y de esperanza, concluía: «*Que el Cielo la haga realidad*»⁴⁴.

El profesor de instituto de Chiara Luce, laico, no practicante, testificó: «*Te di mi mano para conducirte, a lo largo de los caminos del saber, a las fuentes de la vida. Me has dado tu mano para conducirme, a lo largo del camino del dolor, a las fuentes de la eternidad*»⁴⁵. Ella sigue haciéndolo desde el cielo⁴⁶.

¹ El texto está sacado del informe presentado

en la Universidad de Lublin (Polonia) el 17 de mayo 2013.

² Discurso del Papa Benedicto XVI en la reunión con los jóvenes - Palermo, 3 octubre 2010.

³ Sobre el tema remito a un artículo mío aparecido recientemente: *Santificarse juntos: la santidad en el pensamiento y en testimonio de Chiara Lubich*, en *Nueva humanidad*, XXXV (2013/2) 206, pp. 153-174.

⁴ C. Lubich, *La "storia dell'Ideale"*, Heidelberg, 14 marzo 1962 cit. in *ibid.*, p. 160.

⁵ Id., *La volontà di Dio*, a cura di L. Abignente, Città Nuova, Roma 2011, p. 91.

⁶ Id., *Dalla parte della vita* in *Città Nuova*, 39 (1995), n. 5, p. 29.

⁷ Id., *Ai gen 3 – 1975-'80*, Città Nuova, Roma 1994, pp. 63-64.

⁸ Id., *Ai gen 3*, Città Nuova, Roma 1979, p. 106.

⁹ *Ibid.*, p. 109.

¹⁰ *Ibid.*, p. 65.

¹¹ *Ibid.*

¹² C. Lubich, *Ai gen 3 – 1975-'80*, cit., pp. 69-70.

¹³ Congregatio de Causis Sanctorum, *Beatificationis et Canonizationis Servae Dei Clarae Badano, Biographia documentata*, in *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis*, vol. II, p. 115.

¹⁴ *Ibid.*, p. 129.

¹⁵ *Ibid.*, p. 130.

¹⁶ «Come chi non sa le poche lettere dell'alfabeto non sa scrivere, così chi non assimila ad una ad una le parole del Vangelo, non sa scrivere Cristo con la sua vita» (C. Lubich, *Detti gen*, Città Nuova, Roma 20067, p. 30).

¹⁷ *Biographia*, pp. 166-167.

¹⁸ Cf *Biographia*, pp. 354-357.

¹⁹ Lettera a Chiara Lubich, 19 luglio 1990, in *Biographia*, p. 382.

²⁰ «Ai tuoi amici parli di Gesù?» le venne chiesto dalla mamma. «No», rispose e poi aggiunse: «Non gli devo dire di Gesù, ma gli devo dare Gesù con il mio comportamento» (*Summarium*, p. 27).

²¹ Dal film (*Un luminoso capolavoro*).

²² C. Lubich, *Detti gen*, cit., p. 12.

²³ *Ibid.*, p. 17.

²⁴ *Ibid.*, p. 11.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Congregatio de Causis Sanctorum, *Beatificationis et Canonizationis Servae Dei Clarae Badano, Suumarium*, in *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis*, vol. I, (d'ora in poi *Summarium*) p. 438.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Biographia*, p. 415.

²⁹ C. Lubich, *La volontà di Dio*, cit., pp. 11-12.

³⁰ Cf. Centro Chiara Lubich, ACL [= Archivio Chiara Lubich], F 100, REG 19801231.

³¹ Cf. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 31.

³² Cf. C. Lubich, *Santos juntos*, cit., pp. 39-42.

³³ *Biographia*, pp. 382-383.

³⁴ Testimonio de su madre: «Frente a cualquier nuevo dolor, seguía repitiendo como Chiara Lubich: "por ti, Jesús: si lo quietes tú, lo quiero también yo"» (F. Coriasco, *En viaje con los Badano*, Città Nuova, Roma 2011, p. 64; cf. *Summarium*, p. 51).

³⁵ Fue en un encuentro con Obispos, sacerdotes y religiosos en Fonjumentaw, el 11 de mayo del 2000. Cf. Centro Chiara Lubich, ACL, F 100, REG 20000511.

³⁶ C. Lubich, *La voluntad de Dios*, cit., p. 91.

³⁷ Apunte escrito por Chuara Lubich en 1950, publicado in: L. Abignente, *Santificarsi insieme: la santità nel pensiero e nella testimonianza di Chiara Lubich*, cit., p. 164.

³⁸ Carta a Orietta y Lucas, publicada in M. Zanzucchi, «Io ho tutto». *I 18 anni di Chiara Luce*, Città Nuova, Roma 2010, pp. 93-94.

³⁹ Cf. Juan Pablo II. *A los participantes al Congreso sobre la Familia y el amor*, Palaeur (Roma) 3 de mayo 1981, in *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. IV/1 (1981), Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1981, pp. 1092-1100.

⁴⁰ Tales palabras fueron añadidas espontáneamente por el papa y son documentadas por registro auditivo. Negli *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* è riportato solo il testo ufficiale

⁴¹ Cf. C. De Cicco, *La luce di Chiara*, in *L'Osservatore Romano*, 26 settembre 2010, p. 1.

⁴² Así lo testifica Chiara Lubich: «Me parece que hay algo particular en ella que no se puede inventar: no tenía los ojos de la simple alegría, sino algo más, diría la luz del Espíritu (...). Sé que Chiara entendía bien lo que quería indicar con ese nombre, es decir, la luz del Espíritu Santo, del carisma» (*Summarium*, p. 436).

⁴³ Cf. J. Castellano Cervera, o.c.d., *Santi e sante dal volto nuovo*, in *Unità e Carisma* 1 (2004), pp. 19-25.

⁴⁴ C. Lubich, *Construyendo el "castillo exterior"*, Città Nuova, Roma 2002, pp. 56-57.

⁴⁵ *Summarium*, p. 398.

⁴⁶ Entre las frases de Chiara Luce para el recordatorio, leemos: «Así quiero que continúe naciendo con otros esta relación de amor y de unidad, para que la felicidad se multiplique y así el Dios en medio a nosotros» (*Biographia*, p. 514).

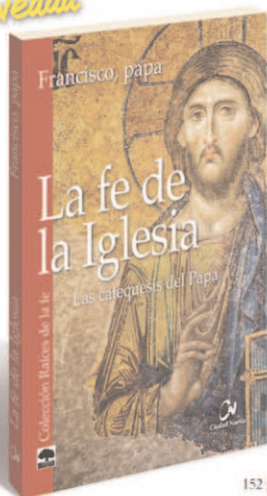
EL ARTE ANTE EL MISTERIO DEL VERBO ENCARNADO

«Esta manifestación fundamental del “Dios-Misterio” aparece como animación y desafío para los cristianos, incluso en el plano de la creación artística. De ello se deriva un desarrollo de la belleza que ha encontrado su savia precisamente en el misterio de la Encarnación. En efecto, el Hijo de Dios, al hacerse hombre, ha introducido en la historia de la humanidad toda la riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha manifestado también una nueva dimensión de la belleza, de la cual el mensaje evangélico está repleto.

La Sagrada Escritura se ha convertido así en una especie de “inmenso vocabulario” (P. Claudel) y de “Atlas iconográfico” (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos. El mismo Antiguo Testamento, interpretado a la luz del Nuevo, ha dado lugar a inagotables filones de inspiración. A partir de las narraciones de la creación, del pecado, del diluvio, del ciclo de los Patriarcas, de los acontecimientos del éxodo, hasta tantos otros episodios y personajes de la historia de la salvación, el texto bíblico ha inspirado la imaginación de pintores, poetas, músicos, autores de teatro y de cine. Una figura como la de Job, por citar sólo un ejemplo, con su desgarradora y siempre actual problemática del dolor, continúa suscitando el interés filosófico, literario y artístico. Y ¿qué decir del Nuevo Testamento? Desde la Navidad al Gólgota, desde la Transfiguración a la Resurrección, desde los milagros a las enseñanzas de Cristo, llegando hasta los acontecimientos narrados en los Hechos de los Apóstoles o los descritos por el Apocalipsis en clave escatológica, la palabra bíblica se ha hecho innumerables veces imagen, música o poesía, evocando con el lenguaje del arte el misterio del “Verbo hecho carne”».

Juan Pablo II, Carta a los artistas, 5, 1 abril 1999.

novedad



152 págs. 13 €

Francisco, papa La fe de la Iglesia

Las catequesis del Papa

El volumen contiene las 26 catequesis del papa Francisco sobre la fe, pronunciadas en sus audiencias de los miércoles. Con ellas se cierra el ciclo de las catequesis para el Año de la fe que inició Benedicto XVI y que habían quedado interrumpidas a raíz de su renuncia.

«La fe es un regalo de Dios que se nos da en la Iglesia y a través de la Iglesia. [...] Amo una Iglesia no cerrada en su recinto, sino capaz de salir, de moverse, incluso con algún riesgo, para llevar a Cristo... a los extremos confines de la tierra».

novedad



180 págs. 13 €

Christian Díaz Yepes La fuente de la paz

Compromiso y espiritualidad

El autor, sacerdote y poeta venezolano afincado en España, profundiza en la naturaleza de la paz buscando su fuente original en la vida de Dios Trinidad, en la Revelación y en la vida de la Iglesia, sobre todo después del Vaticano II.

Propone, finalmente, la fraternidad como medio para ser constructores de paz.

novedad



520 págs. 23,50 €

Pablo Cervera Barranco

EL EVANGELIO leído en la tradición de la Iglesia

CICLO A

Al filo de los Evangelios dominicales y festivos del primer año del ciclo trienal (año A), la obra ofrece una amplia y selecta antología de textos de autores cristianos de todos los tiempos, desde los Padres Apostólicos hasta autores recientes, que han comentado o se han referido a estas perícopas evangélicas.

Este libro viene a llenar una laguna. Será de verdadera utilidad para todos. Su autor ha elegido los textos con mucho acierto...

(Del prólogo de Mons. Luis Ladaria)



Ciudad Nueva